

P.K. EVANS

¡Una comedia  
hilarante!



L'AMONCELLO  
PARA 4

P.K. EVANS

LIMONCELLO

PARA 4

© P.K. EVANS

*Primera edición: mayo 2015*

*Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.*

# Índice

## PROLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

## PROLOGO

Mis amigos están empeñados en que salga del armario, pero siento un terror atávico. Siempre he sido un hombre normal, con una vida normal, pero me gustan los hombres. Desde niño. Salvo que siempre lo he mantenido oculto.

Fui agraciado con un pene enorme, aunque nunca he sabido muy bien como darle la mejor utilidad, y no lo supe hasta que un amigo me ofreció la solución a mi problema. Con su consejo, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados, pero ahora estoy a punto de entrar en la cárcel, y me encuentro desesperado.

Permítanme que me presente:

Mi nombre es Andrea Rossi y soy fontanero, bueno, he de decir que lo era. Con la bestial crisis de la construcción en Italia, los albañiles, electricistas, fontaneros, entre los que me encuentro, constructores, arquitectos, etc.... nos fuimos a la puta mierda. Algunos de mis compañeros tuvieron que emigrar a distintos lugares de Europa para poder subsistir y mantener a sus familias, afortunadamente, yo no tuve que hacerlo.

Nací en la isla de Capri, concretamente en Marina Grande. Era un hombre normal, con un trabajo normal, con una vida normal, pero con un pene colosal con el que podría haber ganado mis buenos dineros cuando comenzó a tomar conciencia de su importancia, y me empeñé en ocultar mi verdadera naturaleza.

Mi abuelo se llamaba Philip, fue un soldado que huyó de Alemania cuando allí los aliados comenzaron a cortar cabezas. Llegó hasta Capri donde comenzó a trabajar de mecánico en una fábrica de refrescos reparando la maquinaria. Conoció a la guapa de mi madre, y se casó con ella, ocho meses después mi persona hizo acto de presencia en el mundo, bueno, en la isla.

Mi adolescencia transcurrió entre los topless que hacían las suecas que venían a veranear, y que más de una quería llevarse un buen revolcón como recuerdo, y las misas a las que mi madre me obligaba a asistir como devota católica que era. Recuerden que nací en los años del comienzo de la revolución sexual en una Italia que despertaba tras la guerra, mis padres eran chapados a la antigua... uno de ellos chapado con metal alemán para más inri.

Crecí, estudié, trabajé y me casé con la novia de toda la vida, sí, esa que todos conocemos en el instituto y que algunos románticones llevamos al altar después de doce años de noviazgo. Pero Raffaella se fue muy pronto. Apenas faltaban cuatro meses para cumplir los cuatro años de casados, cuando un estúpido accidente de barro se la llevó. Se despeñó colina abajo cuando una riada nocturna ablandó la tierra y la convirtió en lodo.

Ese día marcó un antes y un después en mi destino.

Me negaba a aceptar mi condición sexual y empeñé mi vida con otra mujer, y mi vida amorosa se redujo a la mínima expresión. Rosseta era una guapa napolitana que trabajaba como auxiliar en tráfico haciendo transferencias en la propia jefatura. Quiso la vida que mi viejo Alfa Romeo Giulietta dejara de funcionar, y que me tuviera que comprar un Fiat 600 de color amarillo de segunda mano para continuar ejerciendo mi trabajo de fontanero.

Esta es mi historia, la triste historia de un fontanero con un pene enorme que se negaba a salir del armario.

# 1

Andrea había quedado con los colegas en la *Taberna Motta*, el mejor bar del casco antiguo de Capri. Tenía ganas de pasar un rato con los amigos porque llevaba una semana horrible. La Rosseta, su novia desde hacía dos años, se había marchado a visitar a sus padres a Nápoles. Tenía todo el fin de semana para él y sus amigos. Andrea pisó el acelerador del viejo Fiat. Conducir por las estrechas calles era peligroso, pero la taberna de su amigo Daniele tenía un reservado para aparcar justo enfrente del local.

El verano era horrible en isla, bueno, en realidad casi todo el año, pero en ese tiempo Capri reventaba de turistas. Algunas veces Andrea pensaba que Capri terminaría hundiéndose debido al exceso de peso que tenía que soportar. Aparcó el vehículo sin problemas y sin echarle la llave. No lo consideró necesario porque, ¿quién se atrevería a robar un coche más viejo que Matusalén? El pequeño bar estaba vacío, Daniele había colgado el cartel de cerrado.

–Llegas temprano –la voz era la de su amigo Leonardo.

Leonardo Bennucci era el tío más cojonudo de la peña. Tenía cuarenta y dos años. Era dueño de una tienda de motos y le gustaban los vicios caros.

–No he encontrado mucho tráfico –respondió Andrea.

Andrea vivía con Rosseta al final de la Via Tiberio, alejados del bullicio del centro.

–¿No ha llegado Matteo? –preguntó algo sorprendido porque el mencionado solía ser muy puntual.

–Habrá tenido que llevar a algún cliente de último momento.

Matteo Montolivo era taxista, tenía cuarenta y tres años y además estaba como una puta cabra.

–Aquí os traigo las cervezas.

Daniele Motta era el dueño del local. Tenía cuarenta y cinco años, era entrenador de surf cuando no ponía cervezas a los turistas.

–¿Os las vais a tomar sin mí, cabrones?

Matteo acababa de hacer su entrada en el local.

–Es solo la primera –respondió Leonardo casi al mismo tiempo que se echaba un trago largo–, y está rebuena –enfaticó.

Los cuatro amigos se sentaron alrededor de una mesa y brindaron por el encuentro de cada semana. Era la inyección que necesitaban para continuar

adelante.

–Tenemos dos horas para nosotros antes de que abra para los clientes –la voz de Daniele había sonado impaciente.

–¿Qué vamos a hacer mañana? –la pregunta de Matteo logró que tres cabezas se giraran hacia él.

–Mañana es sábado –respondió Leonardo–. Tengo que abrir la tienda.

–Yo tengo que enseñar a surfear a un par de turistas alemanes. He quedado con ellos en San Giacomo –contestó Daniele.

–Pues yo tengo todo el fin de semana para mí solo –Matteo, Leonardo y Daniele miraron a Andrea con suma atención–. Rosseta se ha ido a Nápoles. Es su semana de vacaciones y quiere pasar un par de días con sus padres –informó.

–¿Y no te has ido con ella? –la pregunta de Matteo parecía inocente, pero no lo era.

–¡Me cago en la leche que ha vuelto a dejarte plantado! –Andrea miró a Leonardo con semblante serio.

–¿Qué tiene de extraño que vaya a ver a su familia?

–Y el hijo de puta no se entera –dijo Matteo mirando a Daniele y Leonardo.

–Haz el favor de no hablar de mí como si no estuviera presente –se quejó Andrea–, que solo me dejó una vez.

–¡TRES VECES! –respondieron los amigos al unísono.

–Las otras dos no cuentan porque fueron malos entendidos.

–¡Uf! –bufó Matteo.

–Puedes venirte mañana a la tienda y pruebas alguna moto –le ofreció el motero–, igual si te subes a una, ya no te bajas.

Andrea hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Tengo que pintar el salón que buena falta le hace –contestó–, así cuando venga Rosseta se llevará una sorpresa.

–¿Se puede ser más tonto? –preguntó Matteo de forma retórica.

–Que ya está bien –se quejó Andrea–, que yo no tengo la culpa de que estéis más solos que la una, joder.

–Para una vez que te quedas solo, vas y pintas la casa –se burló Daniele mientras daba un sorbo a su cerveza.

–En lugar de irte de tíos –apuntó Matteo–, y de follarte a todo alemán que se ponga por delante.

–¿Qué tienes en contra de las tías? –preguntó envarado–. Te recuerdo

que mi padre era alemán, y que yo no follo con tíos.

–Que no tengo *na* contra las mujeres –respondió–, pero esa Rosseta va a ser tu perdición. Me jode que seas tan cerrado y que sigas escondiendo tu verdadera naturaleza.

Andrea optó por beber un trago de su cerveza fría. No le gustaba el tono ni las palabras de sus amigos, pero los quería. Eran sus colegas desde siempre.

–Si yo tuviera lo que tú tienes entre las piernas –dijo de pronto Daniele–, sería el rey del Mambo.

–¿Y quién te dice que no lo soy? –preguntó Andrea con una media sonrisa.

–¡La Rosseta! –respondieron los tres con guasa.

A Andrea no le hacía gracia que sus amigos se metieran tanto con Rosseta. De acuerdo que no era la más brillante de las mujeres, pero era buena persona. A pesar de que Andrea llevaba ya varios meses en el paro, ella no le reprochaba nada y seguía pagando la cuota de alquiler y gastos varios sin una sola protesta. Sus amigos eran injustos en su trato hacia ella.

Y lo más grave, la presión para que aceptara su homosexualidad era enorme.

–¿Qué tal la entrevista del otro día?

Andrea resopló de una forma bastante elocuente.

–Llegué tarde. Ya habían contratado a un chaval para aparcar los coches.

–También es mala suerte que prefieran a un crío de dieciocho años para aparcar los coches que a un hombre de experiencia –protestó Matteo.

–El chaval entra en prácticas, y yo tengo una edad a tener en cuenta.

Andrea empezaba a desesperarse. Llevaba muchos tiempo buscando un trabajo, pero no encontraba nada. Incluso había sopesado marcharse a la península en busca de algo mejor. Igual en Nápoles o Salerno podría encontrar un empleo a jornada completa.

–Si pudiera, ya sabes que te daría trabajo en la tienda –le dijo Leonardo en voz baja–, pero las ventas de motos no van muy bien.

–¡La maldita crisis! –exclamó Matteo.

–He pensado aceptar un puesto de tele operador –confesó algo turbado porque no lo consideraba un trabajo–, hasta que me salga algo en condiciones.

–No te veo yo vendiendo colchones, ni estufas ni ollas –contestó Daniele mientras tomaba el último trago de su cerveza.

–Vendería lo que sea con tal de ganar unos cuartos –admitió Andrea pensativo–. Incluso estoy pensando en marcharme a Nápoles o Salerno.

–¡Estás loco! –gritó Matteo–. Tu lugar está aquí –recalcó golpeando el centro de la mesa con un dedo–. Con tus amigos.

Andrea pensó que decirlo era muy fácil.

–No es una idea tan descabellada –apuntó Leonardo en voz baja–. La península es muy grande y seguro que hay más posibilidades para un fontanero tan bueno como tú.

–¡Que no, cojones, que no! –protestó Matteo–. Que la peña no se *desmembra*.

–¿Desmembra? –preguntó Daniele irónico.

–Del verbo, desmembrar... –Matteo lo había soltado con una enorme sonrisa–. Es que me lo dijo una sueca que llevé hasta Villa Malaparte y estuve descojonándome todo el camino de vuelta.

–Soy el último que quiere marcharse –confesó Andrea–, pero el euro es necesario.

–Bueno, pero no pienses en el dinero ahora –le aconsejó el motero dándole un golpe en el hombro–. Vamos a disfrutar de este momento de reunión de colegas.

Andrea aceptó la sugerencia y ya no dijo nada más. Se limitó a beber la segunda cerveza pensando en su chica. Le esperaba un fin de semana muy largo.

## 2

Cuando besó a su pareja en el puerto de Marina Grande el domingo por la noche, supo que algo había cambiado. Rosseta tenía en la mirada un brillo bobo. Se mordía el labio inferior como si tratara de decirle algo y vacilara. Andrea estaba comenzando a mosquearse.

Cuando se subió en el Fiat la mujer resopló.

–Podías haberme abierto la puerta.

Andrea la miró aunque sin perder la atención sobre la carretera.

–Estaba colocando la maleta –se excusó–, y siempre me has dicho que te gusta ser autosuficiente.

La oyó suspirar de forma profunda y prolongada.

–¿Lo has pasado bien con tu familia?

Ella no respondió de inmediato. Se tomó su tiempo en hacerlo.

–No ha estado mal –contestó al fin–. Pero Laura sigue siendo una estúpida. Una hija de puta con suerte.

Laura había sido su mejor amiga en el pasado, hasta que Rosseta decidió dar un salto e irse a Capri de marcha donde terminó instalándose de forma definitiva.

–Las personas cambian con el paso del tiempo –le dijo sin apartar los ojos de la carretera–, y quizás a Laura no le van bien las cosas.

Rosseta ya no contestó. Se limitó a guardar silencio mientras llegaban a la casa. Andrea estaba pletórico. No solo le había dado tiempo a pintar el salón, también había arreglado las lejas del armario, y la fuga de agua de la lavadora. Se había ahorrado un buen dinero pues era un hecho que los técnicos eran muy caros. Cobraban hasta por coger el teléfono.

Aparcó en la puerta y se dejó las llaves puestas.

–Un día te van a robar el coche –apuntó Rosseta que no esperó a que él le abriera.

Cuando entró en la diminuta casa, soltó una maldición. Se giró hacia Andrea y lo miró con enfado.

–¿Morado? –preguntó–. ¿Has pintado el salón morado?

–Es tu color favorito –protestó él.

–Pero no para el salón, joder.

Andrea miró las paredes recién pintadas con orgullo apaleado. El tono era bonito aunque lograba el efecto de que pareciera la estancia más pequeña.

–Lo cambiaré –le ofreció tratando de conformarla.  
–Me voy a leer –le espetó de pronto–, estoy muy cansada.  
–Pero chata... –no lo dejó terminar.  
–No me llames así, lo detesto.

Andrea no la entendía. Era el apodo cariñoso de siempre. Algo había sucedido en Nápoles para que su Rosseta estuviera tan cambiada. Solo se había marchado dos días, pero no parecía la misma. Su pareja abrió el bolso de mano y sacó un libro de tapa oscura. Lo sujetó como si fuera oro en paño.

–¿No vas a cenar? –le preguntó él.

Nuevamente Rosseta soltó un suspiro, esta vez entrecortado.

–Este es mi alimento –respondió señalando el libro.

Andrea se quedó pasmado. Plantado en el salón y más solo que la una, pero fiel a su naturaleza optimista, hizo un encogimiento de hombros y llevó la maleta al otro dormitorio. La casa era tan pequeña que en una habitación tenían la cama y en la otra el armario y las mesitas. La dejó con cuidado y se encaminó hacia la diminuta cocina. Descolgó el taburete plegado de la pared y separó el cuadrado de madera que hacía de mesa. Tanto los asientos como la madera estaban colgados de la única pared vacía de la cocina. Abrió la nevera y sacó la tortilla de patatas que había cocinado para su pareja. Sacó un plato del armario, un vaso que llenó de agua y un tenedor. Se sentó pegado a la pared para que las rodillas no golpearan con los armarios bajos. Feliz y sonriente se dispuso a cenar en solitario.

\*\*\*

Algo no iba bien. Rosseta se mostraba ausente. Poco comunicativa, y apenas salía de la cama para hacer nada. Habían pasado cuatro días de cero comunicación entre ambos. Andrea estaba comenzando a preocuparse de verdad. Su pareja iba de un lado a otro de la casa con el dichoso libro de tapa oscura en la mano. Leyendo sin parar y soltando suspiros entrecortados que le hacían arrugar el cejo. Ya no cenaban juntos. Ni comían juntos, ni follaban juntos. Cada vez que se acostaba, ella fingía dormir. Andrea se dijo que así no podían seguir. Se armó de valor y la enfrentó el jueves a media tarde, cuando no se había levantado todavía.

Entró al dormitorio y se sorprendió de verla pintarse las uñas en la cama. Se le podía caer el esmalte y manchar las sábanas.

–¿Qué te pasa, Chata? Me tienes muy preocupado.

Rosseta alzó la mirada y clavó sus ojos marrones en él.

–Estoy cansada de esta vida –Andrea iba a decir algo pero ella lo interrumpió–. Merezco algo mejor.

Ese había sido un golpe bajo.

–Estoy seguro que pronto encontraré un trabajo –le aseguró–. El hotel Quisisana está valorando la oferta que le hice.

Andrea se había pasado tres días recorriendo los diferentes hoteles de la isla ofreciendo sus servicios como fontanero, pero ninguno lo había aceptado.

–Esta casa, esta situación, me está consumiendo en vida.

Rosseta no se había levantado de la cama. Andrea pensó que la semana de vacaciones le estaba sentado francamente mal.

–Es la maldita crisis, chata.

–Te he dicho que no me llames así –le reprochó.

–Algo te ha pasado en Nápoles.

Rosseta lo miró atentamente. Era cierto. Su viaje le había abierto los ojos. Era una mujer guapa, joven, se merecía algo mucho mejor que un fontanero en paro que además no le proporcionaba ni buen sexo. Andrea era un hombre básico. Sin gustos. Zafio y vulgar. Lo miró como si lo viera por primera vez. Era alto, sí, pero su metro noventa no le producía cosquillas en el estómago pues andaba encorvado como si soportara sobre sus hombros todo el peso del mundo. Tenía una cara normal, con los ojos un poco hundidos. Miró la camisa de cuadros semi abierta por donde asomaba un vello castaño que le desagradó. Prefería los hombres depilados. Perfumados. Hombres que vestían trajes con corbata... ahora más que nunca creía la advertencia que le había dicho Laura sobre él. Empezaba a aceptar que Andrea era un homosexual reprimido.

Andrea se sintió observado como si fuera un pollo desplumado en un mercado callejero. Sintió un escalofrío que le recorrió la totalidad de la espalda.

–Necesito un hombre como este –Rosseta le señaló el libro que dormía con ella. Comía con ella, y vivía con ella.

–Ahí no hay ningún tío –le dijo seco–, solo una corbata y bastante sosa.

–Quiero un hombre como el protagonista de este libro –continuó ella–. Un hombre de verdad que sepa tratar a una mujer. –Andrea iba entrecerrando los párpados al mismo tiempo que sus ojos adquirían un brillo bastante confuso–. Dominante, posesivo, y que no haga el amor sino que folle duro.

Andrea dio un paso hacia adelante.

–La ostia, ¿quieres decir que a partir de ahora debo ser celoso,

intransigente y follarte como si fuera un hijo de puta? –ella lo miró seria–. Que no te comprendo, chata.

–Yo no he dicho eso –lo corrigió–, lo has malinterpretado.

Las palabras de Andrea eran sinónimos de las que había utilizado ella, salvo que en boca de un hombre mostraban un sentido completamente diferente.

–¿De qué trata el libro? –le preguntó con cierta desconfianza.

Cuando Andrea hizo amago de cogerlo, Rosseta se le adelantó.

–No es un libro para hombres como tú.

Con esa frase había picado todavía más su ego.

–¿Un hombre como yo? –preguntó enojado porque ella lo hacía sentir inferior– ¿Qué has querido decir con eso?

Rosseta negó con la cabeza al mismo tiempo que escondía el libro bajo las sábanas.

–¿Nunca te has preguntado por qué motivo no funcionamos sexualmente?

Andrea dio un paso hacia atrás.

–No sé qué quieres decir –contestó serio.

–Me haces el amor como si te diera asco.

Andrea comenzaba a tensar los hombros.

–Lamento que la preocupación por no encontrar trabajo te la tomes como inapetencia sexual –contestó él.

Rosseta soltó un suspiro.

–Este libro representa el sueño de toda mujer –le dijo con aspereza–, pero eso tú no puedes entenderlo. –Andrea no comprendía, ¿podía un libro cambiar a una mujer hasta el punto de hacerle sentir poco menos que un gusano?–. Gracias a este libro he comprendido que me no me llenas sexualmente, y por eso he decidido dejarte.

Se quedó pasmado. Incapaz de comprenderla.

–¿Me dejas por un libro? –casi no le salía la voz de lo sorprendido que estaba.

Rosseta soltó un taco. El muy necio no había comprendido nada de lo que le había explicado.

–¡No necesito un gay en mi vida! –exclamó con ardor–. Quiero un auténtico macho alfa, y tú no lo eres.

Andrea la vio levantarse de la cama sin soltar el libro. Llevaba una combinación corta y unas braguitas de encaje negras.

–Vamos, Rosseta, que ya te he dicho que pintaré de nuevo el salón.

Lo miró con pena. Plantado frente a ella tenía una mole que, sin ser feo del todo, era un homosexual reprimido, pero ella se había dado cuenta a tiempo: su falta de pasión. Su forma fría de hacerle el amor... todo encajaba.

–El salón me importa una mierda –aclaró–, tu vida me importa menos que una mierda –machacó–, me voy.

Andrea se quedó mudo. La vio correr hacia el otro dormitorio y la siguió. Rosseta comenzó a llenar una maleta con las prendas del armario. Y algo en el interior de él se rompió porque era la cuarta vez que veía guardar sus objetos personales con la intención de abandonarlo. Quiso decir algo, pero supo que no serviría de nada. Se le hizo un nudo en la garganta. Le hormigueaban las manos.

–Vamos nena, piénsatelo al menos. ¡Que no he hecho nada malo!

–Es mejor que aceptes tu condición sexual –contestó ella–, y serás feliz.

–¡Que no soy maricón! –explotó.

Rosseta optó por el silencio mientras seguía guardando prendas. Él, se sentía incapaz de dejarla sola.

–Llama a un taxi –le ordenó poco después.

Pero él seguía plantado en el hueco de la puerta abierta sin perderse detalle y pensando en la forma más eficaz de convencerla. Quizás tendría que darle unos días para que meditara, para que se le pasara el enfado o lo que fuera que sentía en ese momento. Andrea pensó que tras un tiempo a solas, Rosseta recapacitaría y regresaría con él, siempre lo hacía.

–Puedo llevarte –se ofreció.

–Llama a un taxi –insistió ella.

–Chata, por favor...

### 3

Andrea no levantaba cabeza. Rosseta se había marchado de verdad. Tras llevarse sus prendas de ropa, había enviado una furgoneta para que se llevara la lavadora, el armario, los libros del dormitorio, y el equipo de música. Ahora por donde iba, Andrea veía a mujeres leyendo el maldito libro que ella le había enseñado. Sin importar que fuera en la playa, en los hoteles, en el parque. Todas las mujeres leían el susodicho libro: el causante que había terminado con su relación. Y observaba las sonrisas de bobas que se les quedaban a las mujeres mientras lo leían. Los suspiros de placer insatisfecho... y las maldijo a todas. Ahora que no estaba Rosseta, ya no tenía con qué pagar el alquiler de la casa, por ese motivo estaba desesperado. Había dejado de asistir los viernes al bar con sus amigos porque lo último que necesitaba era que se rieran de él, porque, si ya era duro que la pareja de uno lo abandonara, que le aconsejara que saliera del armario era de locos. Sonó el timbre y pensó en no abrir la puerta. Finalmente lo hizo y contempló a sus amigos, Leonardo y Matteo, que sostenían una par de litros de cerveza frente a sus ojos.

–Sabemos que te ha dejado la Rosseta –soltó Leonardo, así, sin aplicar anestesia.

Andrea se hizo a un lado y les permitió el paso.

–Joder, no recordaba la casa tan pequeña y *apretá* –Matteo no ayudaba mucho recordándole sus carencias.

Tomaron asiento en el pequeño salón morado, y dejaron las botellas de cerveza sobre la mesa de cristal.

–Esto parece un puticlub –dijo Matteo mirando el color inusual de la pared–, pero me gusta.

Lo que le faltaba, pensó Andrea, que le recordaran su mal gusto con los colores.

Mientras sus amigos se acomodaban, se fue a la cocina a por tres vasos. Leonardo abrió una de las cervezas y los llenó.

–Te echamos de menos el viernes pasado –le recriminó el motero.

–No tenía ganas de salir –se excusó.

–Pues no es bueno que te encierres. Debes aceptar que estás mucho mejor sin esa fulana.

A pesar de que Rosseta lo había abandonado, no le gustaba que Matteo

hablara así de ella. Le parecía desleal.

–¿Cómo se llama el maromo? –preguntó el taxista.

–¿Maromo? –inquirió Andrea sin comprender.

–El tío por el que te ha dejado tirado esta vez.

«Estos son amigos, y lo demás son tonterías», refunfuñó para sí mismo.

–Rosseta no me ha dejado por un tío –respondió serio.

Matteo acababa de llenarle el vaso de nuevo.

–Todas son una furcias –contestó Leonardo con una sonrisa socarrona.

–O locas –remató el otro.

Andrea miró al taxista con atención. Era un hombre de mediana estatura. De poblada barba que ya encanecía y con el pelo alborotado. Lo llevaba demasiado largo. Su pareja lo había dejado por un hombre más joven y con más dinero. Tras la separación, Matteo se había vuelto más macarra y borde.

–Aunque os suene increíble, Rosseta no me ha dejado por un hombre, sino porque no follo bien.

Se podría haber reído al ver las caras de sus amigos si el asunto no le escociera tanto.

–Te la ha metido doblada –farfullo Matteo mientras se limpiaba la espuma del bigote.

–Me dijo antes de marcharse que quiere en su vida un tío dominante, posesivo y que folle duro –confesó al fin.

–¡Ostia, como yo! –exclamó el taxista.

Leonardo lo miró con rabia. Matteo no se callaba ni debajo del agua.

–No se abandona a un hombre por no follar bien –expresó el motero con un tono que evidenciaba que no se creía la explicación de su amigo.

–Pero es la verdad. Me dijo que aceptara mi verdadera condición sexual, y se fue.

El parpadeo al unísono de Matteo y Leonardo resultaba cómico.

–Es más lista de lo que pensaba –expresó uno de los amigos.

–¡Que no soy homosexual, joder! –volvió a aclarar Andrea.

El taxista y el motero se miraron incrédulos antes de estallar en carcajadas.

–Tarde o temprano lo aceptarás.

–¡No tiene gracia! –se quejó Andrea que no compartía la risa de los dos.

Se llenó otro vaso de cerveza y se la bebió de un trago. Ya se había calentado.

–Si lo aceptaras, todo sería más fácil para ti –le dio Leonardo sin dejar

de mirarlo.

–Que estáis locos, joder –les dijo Andrea.

–¿Cómo le hacías el amor? –quiso saber Matteo.

–Como si os lo fuera a decir... –contestó el envarado.

–Lo menos que puedes hacer es meditar por el verdadero motivo por el que te ha dejado Rosseta. Todos no podemos estar equivocados –Leonardo lo dijo muy serio.

Andrea farfallo al escucharlo. Desde que lo habían pillado a los quince años teniendo sexo con un compañero de clase, no cejaban en su empeño de que saliera del armario. Él, les había explicado hasta la saciedad que lo hizo para experimentar, para saber lo que se sentía al estar con otro tío no porque fuera en verdad gay.

–¡Que ya está bien, hombre! –se enfadó Andrea–. Que no tengo por qué aguantar vuestras gilipolleces.

Matteo se puso serio. Leonardo lo imitó poco después pero con los ojos llenos de lágrimas de contener la risa.

–Ahora que ya estamos a tono –dijo Leonardo–, vamos a decirte el trabajo que hemos encontrado para ti.

Andrea sintió que se le hinchaba el pecho por la expectativa.

–¿Habéis encontrado un trabajo para mí? –preguntó emocionado.

Matteo le dio un número de teléfono. Andrea lo cogió rápido.

–En ese trabajo no te van a decir que no –Andrea seguía esperando que se explicaran–. Es un trabajo de tele operador erótico gay.

Andrea soltó una blasfemia.

\*\*\*

Estaba cansado de negativas. De dar cabezazos contra la pared. De tocar puertas que no se abrían. Estaba harto de la maldita crisis. De la soledad, y de todo. Andrea miró el mar azul con expresión desengañada. Hacía un día de verano precioso, pero él sentía en su interior que una borrasca se cernía y lo envolvía por completo. Cada día que pasaba se convencía de que todo era una mierda. Se sentó en un banco y siguió mirando el horizonte perdido en pensamientos deprimentes. No le quedaba un solo rincón de la isla donde no hubiera dejado su número de teléfono. Ni tienda por pisar para ofrecer sus servicios. El casero le reclamaba dos meses de alquiler. En la tienda de ultramarinos ya no le fiaban, y se había comido todos los tarros de pepinillos que conservaba en uno de los armarios de la cocina.

Suspiró con fuerza y desvió los ojos del mar hacia la derecha del banco. Vio el periódico doblado y lo cogió para hojear el interior. En la portada se veía la foto del presidente del gobierno, pero a él no le interesaba la política del país. Fue pasando las hojas para buscar las ofertas de empleo. Las leyó una a una y se descorazonó todavía más. Se necesitaban licenciados en turismo. Secretarías de veinticinco años y que supieran varios idiomas además de demostrada experiencia. Andrea arqueó las cejas con escepticismo, una muchacha de veintipocos años difícilmente hablaría varios idiomas. Siguió leyendo pero no había nada para él, y sin apenas darse cuenta, de la sección de ofertas pasó a la de contactos. Se fijó que la mayoría de los anuncios eran de mujeres que se ofrecían como acompañantes. Había cantidad de anuncios de esoterismo y de líneas calientes. Andrea entonces recordó el número de teléfono que le habían pasado Leonardo y Matteo. Meditó si sería capaz de mantener una conversación erótica con un hombre.

«Si ellas lo hacen, ¿por qué cojones no lo voy a hacer yo?», se dijo mientras en su mente se iba formando un plan de ataque. Sacó el móvil y marcó uno de los números que venían en el periódico... "Hola, ¿cómo te llamas? –se escuchó una voz al otro lado de la línea. Andrea mantuvo silencio–. Yo me llamo Silvia –más silencio–. Soy rubia, con el pelo corto, mido 1,75, peso 65 kilos, y tengo los pezones gorditos como guindas”...

Andrea colgó de forma brusca. No había dicho nada en ese breve intercambio de información, pero no había hecho falta. Y decidió que él podía hacer lo mismo. Se sacó del bolsillo del pantalón el papelito con el número de teléfono que le habían dado sus amigos. Marcó el número y esperó.

\*\*\*

Cuando el viernes por la noche apareció en el bar, los tres amigos lo miraron con sorpresa.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Leonardo.

Andrea pensó que era una pregunta estúpida.

–Tomarme una cerveza con la peña como cada viernes.

–Joder –respondió Daniele con humor colocándole una birra helada en la mano–. Pensábamos que te habías marchado a Nápoles.

Había estado a punto, pero un número de teléfono lo había cambiado todo.

–Tengo trabajo.

–¡La ostia! –exclamaron los tres al mismo tiempo.

–¿Qué trabajo? –quiso saber Matteo.

–El de la línea erótica gay, ya sabéis –los dejó pasmados y con la boca abierta–. Es hasta que encuentre algo mejor.

–¡Ahhh!

A Andrea no le hizo ni pizca de gracia la mirada de sus amigos.

–Si me suena el teléfono, guardad silencio.

–¿Sería la primera llamada?

Andrea negó en silencio.

–Trabajo en esto desde el miércoles.

–¡Ahhh! –volvieron a exclamar.

–¿Y te pagan mucho? –se interesó Leonardo.

–Todavía no lo sé, aunque las conversaciones son muy cortas –les explicó.

–Tómame otra cerveza –le dijo Daniele al mismo tiempo que se la ponía delante.

–¿Son interesantes? –preguntó Matteo.

–El qué.

–Las conversaciones.

–No lo creo.

–¿Por qué?

–Porque me cuelgan a los diez segundos.

Matteo, Leonardo y Daniele se miraron entendiendo.

Como si el teléfono quisiera corroborar la explicación de Andrea, comenzó a sonar en ese preciso momento. Él, se puso un dedo en los labios para indicarles silencio.

–¿Diga? –era la empresa que le anunciaba que tenía una llamada esperando–. Vale.

Durante algunos segundos se escuchó solo silencio.

–¿Diga? –preguntó Andrea a continuación–. Sí, al aparato el fontanero más dicharachero.

Matteo estuvo a punto de decir algo pero Leonardo se lo impidió.

–Señor, ¿dónde es la avería? –se escuchaba una voz tímida al otro lado de la línea–. Va a ser que eso el seguro no lo cubre –Andrea mantuvo silencio durante unos momentos largos–. Hay que cambiar la pieza entera –otra vez silencio–. Hay que levantar todo el suelo... –Andrea separó un poco el teléfono de la oreja–. Ha colgado.

Los tres amigos lo miraban con el horror pintado en los rostros.

–¿Qué..? –les preguntó.

–¿Era una llamada erótica, o el aviso por el atasco de un fregadero? – quiso saber Daniele.

–He preparado mi papel muy bien –le respondió–. Para que suene creíble debo hablar de cosas que conozco.

Las cejas alzadas de Daniele le produjeron una cierta incomodidad.

–No me extraña que te cuelguen tan pronto –afirmó Matteo.

Y en el bar se sucedió un silencio bastante largo.

–¿Y te llaman tías? –preguntó Leonardo rompiendo el silencio.

Andrea negó con la cabeza al mismo tiempo que apuraba el resto de su cerveza.

–Hay que cambiar la estrategia –afirmó Leonardo.

–¿Por qué? –preguntó él.

–Porque para ganar dinero tienes que ganarte a los tíos que te llamen para que consuman minutos –fue la explicación de Daniele.

Andrea miró hacia otro lado bastante incómodo.

–Es que no se me ocurre nada interesante que decirles.

–Vamos a llamar a una tía para ver que dice.

Andrea carraspeó.

–Ya lo hice –respondió.

–¿Y...? –preguntaron Matteo y Leonardo a la vez.

–Hizo una descripción física para poner cachondo al que llama.

–¡Ostia! –exclamó Matteo.

–¡Joder! –exclamó Daniele.

–¡Cago en la puta! –exclamó Leonardo.

–Que lo hago lo mejor que puedo –se excusó Andrea–. Que esto no es lo mío y además es puntual.

Entre los amigos se sucedió un silencio bastante significativo. Matteo y Leonardo estaban boquiabiertos. Que Andrea hubiese sido capaz de llamar al número de teléfono que le habían facilitado, les parecía increíble. Así de desesperado tenía que estar.

–Además, me explicaron cuando llamé que no hacía falta que me hicieran ninguna prueba. Solo me preguntaron si tenía teléfono fijo y les dije que no. Se conformaron con el móvil –Andrea tomó aire antes de continuar con su explicación–. Me pidieron un número de cuenta y me preguntaron cuándo empezaba –continuó–. Fue fácil, rápido, limpio. No hay

complicaciones ni cuotas de Seguridad Social. Solo una dirección de correo electrónico y un número al que llamar para conectarse al servicio.

–¿Qué empresa es?

–La empresa es Audiotek, y paga a mes vencido quince céntimos el minuto hablado, sin contar fracciones. Es decir, dos minutos cincuenta y nueve son dos minutos, o sea, 30 céntimos. Al cliente, la llamada le sale a 1,18 o 1,53 euros el minuto, según la realice desde un teléfono fijo o un móvil.

–Hay que cambiar de estrategia –dijo Daniele convencido–. Venga, cuatro limoncellos –pidió a Daniele–. Hay que coger tono.

## 4

Cuando unos días después Matteo y Leonardo lo llevaron a la Biblioteca Pública, Andrea ignoraba el motivo. Se dirigieron a la bibliotecaria que debía de tener más años que alguno de los volúmenes que había allí.

–Disculpe, señora.

La mujer dejó de mirar una guía y se ajustó las gafas al puente de la nariz. Los miró con desconfianza.

–Buscamos un libro erótico.

La bibliotecaria entrecerró los ojos.

–Dígame título y autor.

Andrea encogió los hombros.

–Cualquiera de ellos.

–Si no me da más datos no puedo orientarles sobre qué libro les puede interesar –fue su respuesta.

–Buscamos libros con machos alfa que follen duro –dijo Andrea recordando las palabras de Rosseta.

Le había restregado por la cara que necesitaba un macho en su vida. Jamás iba a olvidar eso.

–¡Venga! –exclamó Matteo–. Debe de haber cientos de libro eróticos.

–Por favor, guarden silencio –les ordenó la bibliotecaria–. No se puede hablar en voz alta ni gritar.

–Disculpe... –se excusó Matteo.

–Esto no es una buena idea –dijo Andrea en un susurro.

–¡Ja! –se rió Leonardo–. Claro que lo es. Tienes que aprender a decir frases que los pongan cachondos.

–Busquen en la sección de ficción erótica –les aconsejó.

–¿Dónde está eso? –preguntó Matteo.

La mujer soltó un suspiro de impaciencia.

–Síganme –ellos lo hicieron solícitos–. Aquí tienen la sección de erótica. Si deciden llevarse algún libro y no tienen ficha tendrán que crearse una.

Segundos después la mujer los dejó solos. Había tantos libros que Matteo se descorazonó.

–Será imposible encontrarlo algo bueno.

La gran sala estaba vacía salvo por una muchacha joven. A Andrea le pareció que estudiaba. Se dirigió directamente hacia ella.

–Disculpe –la interrumpió.

–¡Shiss! –se escuchó desde el mostrador donde estaba la bibliotecaria.

–Estamos buscando un libro erótico que sea realmente bueno –la muchacha parpadeó y un segundo después sonrió–. Lo necesito para un trabajo.

–¡Ah, qué interesante! –exclamó ella en voz baja–. ¿Busca algo famoso, tipo *El marqués de Sade*? –la muchacha no esperó una respuesta.

Se levantó despacio y caminó hacia lugar donde estaban los dos amigos esperando. Andrea la siguió. La observó buscar entre varios volúmenes y sacó un libro grueso de tapas duras. Después otro y otro. Uno era *El marqués de Sade*, otro era *Lolita*, y el último *Cincuenta sombras de Grey*.

–Aquí los tiene –la sonrisa de la joven lo incomodó–. Es todo un detalle que quiera leerlo –le dijo ella–, puede enseñarle muchas cosas –Andrea memorizó el lugar donde estaban los libros: en la sección de erótica–. Su pareja se lo agradecerá.

Fue Matteo quién sujetó el primer libro que la muchacha les tendía.

–¡Joder! –exclamó el mismo con fastidio–. Es más gordo que la Biblia...

Los tres amigos tomaron asiento y se dedicaron a pasar hojas y hojas durante los siguientes veinte minutos.

–No tiene ningún dibujo –apuntó Leonardo con fastidio.

–Porque es un libro, no una guía ilustrativa.

–Pues yo esperaba ver posturas sexuales.

–Shiss –se volvió a escuchar de nuevo al fondo.

Leonardo hizo algo inaudito. Tomó un boli y una hoja en blanco del mostrador, y se dispuso a copiar cada título de la sección erótica. Mientras, Andrea leía en silencio las primeras líneas. Matteo se preguntó qué demonios hacía Leonardo.

Finalizaron la visita a la biblioteca llevándose un total de tres libros cada uno. Habían rellenado las respectivas fichas de inscripción siguiendo al pie de la letra las indicaciones de la bibliotecaria.

Se pasaron toda la tarde y parte de la siguiente en la pequeña casa de Andrea analizando, como si fueran científicos matemáticos, el material que habían sacado prestado de la biblioteca.

Cuando se reunieron de nuevo en el bar de Daniele, los ánimos habían caído por completo.

\*\*\*

–¿Qué tal os ha ido? –se interesó Daniele dejando la bandeja con las bebidas en el mostrador.

–Son todos una porquería –sentenció Matteo que ya daba el primer sorbo a su tercio.

–Qué las mujeres se vuelvan locas por eso, escapa a mi comprensión, lo juro –apuntó Leonardo mientras mordía unas pipas.

–¿Pero las pone calientes? –preguntó Daniele.

–Y yo qué coño sé –contestó Andrea–, no soy una tía.

–Pero ahora tenemos una idea de lo que les gusta.

Tanto Andrea como Matteo miraron a Leonardo que seguía masticando frutos secos.

–Joder –dijo Matteo–, me he leído cuatro capítulos y no he sido capaz de continuar.

–¿Tan malo es?

–El del Marqués de Sade no es tan malo como ese otro de Grey –recordó Leonardo.

–El de Lolita es infumable –aclaró Andrea–. Casi tanto como el del macho alfa ese de Grey.

–Pero hemos elaborado un plan de ataque efectivo.

Las palabras de Matteo le hicieron enarcar las cejas a Daniele.

–Miedo me dais –les dijo.

–Desde ahora mismo Andrea se anunciará en todos los sitios como...

*Macho Alfa.*

Daniele estuvo a punto de soltar una carcajada aunque se contuvo a tiempo.

–¿Pero no lo veis? ¡Es perfecto! –gritó Matteo.

–Es por el macho ese por el que lo ha dejado Rosseta –aclaró Matteo.

Daniele bufó.

–Dijo que lo dejó por su condición sexual –matizó Daniele.

Tenía que recordarle eso, se dijo Andrea.

–Es que Rosseta quería un macho alfa como ese del libro que leía cuando vino de Nápoles –les aclaró Andrea–, no porque creyera que soy gay.

–Y cuando los hombres sepan que detrás de la línea de teléfono erótica está El Macho Alfa...

–Joder –dijo Daniele–, será la bomba.

–El Macho Alfa... –dijo Leonardo–, picaran seguro –les explicó–. ¿Qué hombre se resistirá? Cuando publicitemos por toda la isla el nombre y el

número de teléfono de Andrea, le lloverán las llamadas y comenzará a acumular segundos que le harán ganar dinero.

Andrea se dijo que podría funcionar.

Daniele miró a Andrea con un interrogante en los ojos.

–¿Te vas a prestar a esto?

El otro hizo un encogimiento de hombros bastante significativo.

–Necesito el dinero, ya lo sabes –argumentó desesperado–, y soy capaz de hacer lo que sea para conseguirlo.

Los cuatro amigos siguieron bebiendo y debatiendo sobre el futuro tele operador erótico.

\*\*\*

No quedó un rincón en la isla donde no hubieran dejado una nota con el peculiar nombre y número de teléfono de Andrea. Él, había protestado alegando que el anuncio debía ir en los diarios en la sección de contactos, pero Matteo y Leonardo hicieron oídos sordos. Se patearon cada comercio, mercería, y panadería de cada rincón de la isla. Además, el taxista se hizo con un taco de anuncios para llevarlos en el coche y ofrecérselo a los turistas. Leonardo hizo lo propio en su tienda de motos.

–Igual encuentra en una llamada al hombre de su vida –dijo Leonardo con una gran sonrisa.

–¿Un sueco fuerte y cachas, y con el rostro de un querubín –apuntó Matteo.

–Sois unos maricones –les espetó Andrea medio ofendido.

Lo estaban cansando con tanta tontería.

–Y maricones serán los que te llamen –dijo Leonardo que se unió en la risa a Matteo–, acéptalo.

Los tres se montaron en el taxi y emprendieron el regreso al centro del pueblo. Durante el camino, y mientras Matteo conducía con agilidad, Leonardo le dio unos folios escritos.

–¿Qué son? –quiso saber Andrea.

–Las frases que deberás utilizar con los que te llamen para ponerlos calientes.

Andrea tomó las hojas y leyó los párrafos con asombro. Al leer los títulos se llevó una impresión de órdago.

–¿Qué es esto? –repitió la pregunta anterior.

–Tus frases calientes.

–¿A esto llamas tú frases calientes?

–Copie todos los títulos guarros que vi en la biblioteca. Si esos títulos son lo que ponen a cien a los lectores, he pensado que sería una buena idea que los utilices en tu nuevo trabajo.

Andrea no sabía qué pensar. Miraba las hojas y el rostro de Leonardo de forma sucesiva con desconfianza.

–Solo tienes que memorizar algunos y utilizarlos según se desarrolle la conversación.

Andrea le reconoció el mérito a su amigo. Al menos se había preocupado para que en futuras conversaciones eróticas no utilizara palabras del gremio de los fontaneros como atasco/desatasco, etc.

–Ha sido todo un detalle por tu parte, muchas gracias.

El pecho de Leonardo se hinchó de orgullo. Sabía que su idea era original y que daría sus frutos. Con lo pánfilo que era Andrea, si ellos no lo ayudaban sería un completo desastre en su nueva faceta de tele operador erótico.

## 5

El siguiente viernes volvió a reunirse con sus amigos en el bar. Los tres amigos lo esperaban como de costumbre, y cuando se bebió el primer trago de cerveza fría no pudo contener un gemido de placer. El día había sido en verdad caluroso. Patearse el centro para comprobar si algún hotel había reconsiderado su oferta de trabajo con esas altas temperaturas, era toda una odisea.

Matteo, Leonardo y Daniele lo miraban expectantes. Andrea dejó la cerveza sobre al barril de madera.

–¿Qué? –preguntó incómodo.

Sus amigos lo hacían parecer un bicho raro.

–Que nos cuentes –lo apremiaron.

Andrea suspiró cansado. Su teléfono no había sonado en tres días.

–No hay nada que contar –les dijo mientras se echaba a la boca un par de altramuces con sal y limón.

–¿No te ha llamado ningún calenturiento o calenturienta? –preguntó Matteo.

–No los llames así –le pidió.

–¿Por qué? Si lo son –reafirmó Matteo–. Las mujeres que leen ese tipo de libro son unas chochas calenturientas.

Daniele se atragantó con su cerveza.

–¿Acaso los hombres que llaman a líneas eróticas son chochos calenturientos? –preguntó Andrea.

Matteo ni se lo pensó.

–Esos son unas mariconas.

Daniele estalló en carcajadas a las que se sumó las de Leonardo, y de pronto el teléfono de Andrea sonó y entre los amigos se sucedió un silencio.

–¿Diga? –ninguno pudo escuchar la voz al otro lado de la línea, pero estaban expectantes a cada palabra que decía Andrea–. Estoy preparado –respondió.

Matteo estaba exultante e hizo amago de aplaudir. Andrea le hizo un gesto para silenciarlo.

–¿Diga? –ninguno fue capaz de hacer sonido alguno–. Sí, soy El Macho Alfa –las cejas de Matteo se arquearon con impaciencia–. El fontanero más sexi de todo Capri.

Leonardo aplaudió en silencio. Andrea sonrió al mirar la cara de sus amigos, parecía que eran ellos los que estaban pegados al teléfono móvil.

–Ha colgado –dijo Andrea de pronto.

Los tres resoplaron con nerviosismo.

–Con esas respuestas no me extraña que te cuelguen.

Protestó Leonardo.

–No me ha dado tiempo a decir nada más –se justificó él.

–Tienes que entrar a matar –le aconsejó Matteo.

–Ah, que tú lo harías mejor –le dijo con sorna.

–Peor no lo haría, seguro –matizó.

El teléfono volvió a sonar y Andrea atendió la llamada. Las cervezas seguían a medias sobre el viejo barril de vino que utilizaban como mesa. Segundos después le pasó el teléfono a Leonardo para que demostrara sus palabras anteriores. Éste lo tomó sin una réplica.

–¿Diga? –dijo de pronto–. ¿Quién soy? –preguntó–. Tu macho alfa.

Andrea se tapó la boca para ahogar una carcajada. Matteo le dio un golpe en el brazo para que atendiera. Leonardo había puesto su tono más machorro.

–Tu voz me deja... sin aliento –Leonardo había hecho una pausa intencionada y los tres amigos contenían la respiración escuchando una parte de la conversación–. Sería tu esclavo por noventa días.

Matteo le hizo ojitos a Andrea para que aprendiera.

–Anda –continuó–, pídemelo lo que quieras –Leonardo se inclinó hacia adelante como si fuera a darle un beso imaginario–. Lo haría con frenesí.

La comunicación se había cortado bruscamente.

–¿Qué te ha preguntado? –quiso saber Matteo.

Leonardo parpadeó porque no se explicaba qué había hecho mal.

–Me ha preguntado qué le haría...

Andrea, Matteo y Daniele hacían cábalas ante la respuesta.

–No hay quién los entienda –soltó Matteo.

A Daniele se le iluminó la bombilla.

–¿Os acordáis de los libros? –los tres lo miraron sin comprender–. Solo hay que utilizar esas expresiones burdas y tontas.

Los tres seguían en silencio. A ninguno se le había pasado por la cabeza algo así.

–Esos libros son una tortura de malos –afirmó Matteo mientras le señalaba a Daniele su tercio vacío, a la vista estaba que no le había gustado

Lolita, Cincuenta sombras de Grey ni El marqués de Sade.

–Andrea tienes que saber cómo hablar y qué decir –la explicación de Daniele era cierta.

–Voy a leerme todos los libros de la biblioteca.

Matteo abrió la boca con sorpresa, que su amigo estuviera dispuesta a hacer un sacrificio así mostraba lo desesperado que estaba por obtener dinero.

El teléfono móvil volvió a sonar y los sobresaltó a los cuatro.

Andrea respiró de forma profunda y contestó serenamente.

–Hola –estuvo unos segundos en silencio–. Sí, soy El Macho Alfa –los tres amigos seguían atentamente el inicio de la conversación–. Dime dónde estás en este momento –no se atrevían ni a moverse–. En un supermercado... ummm –más silencio por parte de Andrea–, y qué tienes en la mano... ¡un pepino! –los ojos de Matteo se le salían de las órbitas–. Grande, duro...

Daniele le hacía gestos afirmativos con la cabeza indicándole que iba por buen camino.

–Y ahora tienes un calabacín... más suave... más estético... ¿sabes lo que qué haría?... jugar contigo...

Andrea se separó el teléfono de la oreja.

–Ha colgado.

Los tres amigos aplaudieron entusiasmados.

–Me has puesto duro –dijo Matteo que reclamaba otra cerveza.

–La conversación ha sido más larga –apuntó Leonardo–. Si sigues por esta línea vas a triunfar.

–Debo ser el único tío que habla por una línea erótica –se quejó Andrea.

Los tres amigos pensaron que era cierto. Normalmente eran las mujeres las que recibían llamadas eróticas, pero si Andrea se esmeraba podía crear una tendencia innovadora.

El teléfono ya no volvió a sonar esa tarde noche ni los siguientes tres días. Y asfixiado como estaba Andrea con las deudas, Matteo le hizo finalmente un pequeño préstamo para que pagara el alquiler durante dos meses. Daniele lo invitaba a cenar cada día para que por lo menos no se fuera a dormir con el estómago vacío. Leonardo logró entregar varios papelitos anunciadores en un bar de encuentros homosexuales. Y las llamadas que fue recibiendo Andrea en las semanas siguientes eran de hombres que querían experimentar que un tío al otro lado de la línea los pusiera cachondos. Y el nombre de Macho Alfa corrió como la pólvora no solo en la isla, sino también en Nápoles.

## 6

Ese viernes celebraban el enorme éxito que estaba teniendo Andrea en el trabajo como tele operador erótico. Había tenido que cambiar de teléfono porque el viejo casi lo había fundido. Sin embargo, había dejado claro a la compañía Audiotek que los viernes de siete a diez no atendería ninguna llamada. Ese tiempo quería pasarlo de forma tranquila en el bar con sus amigos. Los invitó a todos a una ronda de cervezas y a unos calamares que estaban de muerte. Las risas y los chistes no se hicieron esperar.

–Por el Macho Alfa más famoso de todos –brindó Leonardo que se alegraba de veras del éxito de su amigo.

Los cuatro chocaron botellines y se bebieron el contenido helado casi de un trago. El comienzo del mes de agosto estaba resultando más caluroso de lo que se esperaba. La isla estaba a reventar de turistas.

–¿Cuánto has ganado en estas dos semanas? –le preguntó Daniele realmente interesado.

–Algo más de seiscientos euros –Matteo chasqueó la lengua al escucharlo.

–Con eso no tienes ni para pagar el alquiler.

Eso no era cierto porque la pequeña y vieja vivienda tenía un alquiler antiguo. Andrea solo pagaba doscientos cincuenta euros al mes por el alquiler.

–¿Has pintado ya el salón? –quiso saber Leonardo.

Quería que Andrea desterrara a Rosseta de su vida, y cambiando el color del salón era una forma de comenzar a hacerlo.

–No he tenido tiempo –los tres amigos se quedaron quietos y silenciosos al escucharlo–. Le hice una chapuza a una vecina en el lavabo que se le había atascado.

–Parece que está cambiando tu suerte –dijo Daniele que en esa ocasión no bebía cerveza como ellos sino limoncello.

–¿Podéis creerlo que se me insinuó? –les confesó Andrea algo turbado.

–Espero que no quisieras teparle el agujero –soltó Matteo mientras comenzaba a descojonarse.

–No tiene gracia –le respondió–. Soy un profesional serio.

–Que no tapa los agujeros que sus clientes les piden que tape –las palabras de Leonardo no se las esperaba.

–¡No me digas que sigues esperando que aparezca la Rosseta! –exclamó Matteo mientras lanzaba un largo y profundo silbido.

Andrea se sintió un poco mortificado porque ignoraba que fuera un libro abierto para ellos.

–Que la quiero, cabrones –confesó en voz baja.

–Este capullo no tiene arreglo –espetó Matteo mirando a la pared, porque si miraba a Andrea se sentía capaz de golpearlo.

–A lo mejor no le has pegado lo suficiente para que vuelva –le dijo Leonardo con un brillo pícaro en los ojos–. Que las mujeres son como las pelotas de squash: cuanto más fuerte les pegas, más rápido vuelven.

–Joder, si vamos a empezar así, me marchó –advirtió Andrea.

–Desde luego –bramó Matteo–. Dios hizo al hombre y descanso, pero luego hizo a la mujer y ya no hubo Dios que descansara.

–Que no te quiere Andrea. Que ya no va a volver contigo –le repitió Leonardo hasta la saciedad–. Que tienes un mundo de tíos a tus pies.

–¡Suficiente! ¡Joder! Que os ponéis pesados hasta el copón –les recriminó con dureza y utilizando el único vocabulario que entendían.

–¡Espabila! ¡Atontao! –Matteo lo abofeteó en las mejillas aunque sin fuerza–. Que seguro que tu Rosseta ha encontrado otro macho alfa que la folle duro.

Que le echara en cara sus propias palabras, lo puso de mal humor.

–No te atormentes –le dijo Leonardo–, por una mujer como esa no vale la pena, y menos con tu condición sexual.

–Joder, que no soy homosexual como vosotros, coño –repitió cansado–. Y volverá conmigo cuando se le pase la tontuna.

–Anda, como la tonta del culo del libro ese –dijo Matteo.

Tanto Andrea como Leonardo y Daniele lo miraron sorprendidos.

–¿Qué pasa? –les preguntó desafiante.

–¿Te has leído el libro el libro de marras? –inquirió Leonardo.

–Vamos a ver –les aclaró–, y que conste que personalmente lo considero basura literaria.

–¿Y cuándo te has graduado tú como experto literario? –la pregunta de Andrea lo molestó.

De los cuatro amigos era el que más había leído por culpa de su madre católica, y que no hablaba tan burro como el resto cuando se encontraba con gente culta, pero tampoco tenía que mirarlo por encima del hombro.

–Llevo el libro en el coche para que lo vean los turistas.

–¡Ahhh! –exclamaron los otros comprendiendo.

–Comenzamos conversando sobre lo que me ha parecido su lectura como hombre, hablamos del pene del protagonista y que la autora describe en la novela.

–¿Y cómo lo describe? –preguntó Daniele interesado.

Matteo respondió rápido.

–Duro y blando la vez. Sabroso, salado y suave...

–¡Joder! –exclamó Daniele–, no vuelvo a comer tortellinis nunca más.

–¿Hablas del tacto y el sabor de los penes con los turistas que llevas a los hoteles? –Leonardo estaba perplejo.

–No hablo de los penes sino *del pene*, y obtengo la mayoría de las veces una cita.

–Serás cabrón –masculló Leonardo.

–¿Y se dejan engañar por ti? –preguntó Daniele incrédulo.

–He descubierto que con libros se liga mejor... –se defendió.

–Eso es porque esos libros retratan de forma muy burda la fantasía de la mayoría de las personas de nuestra sociedad –apuntó Leonardo.

–Yo no metería a todas las personas en esa conclusión –las defendió Andrea mientras le pedía a Daniele otra cerveza.

El otro lo miró fijamente.

–El libro retrata a un macho esquivo, seductor, atrayente y que maneja perfectamente la situación pero que cambia todo por amor –entre los amigos se sucedió un silencio–. ¿Y no es ese el sueño de Rosseta, cambiarte?

–Así que te has leído el libro –lo acusó Andrea.

Sus amigos estaban llenos de sorpresas.

–Seríamos unos estúpidos si no aprovecháramos esa información para saber lo que buscan para actuar en consecuencia.

Andrea se quedó pensativo.

–Y tataríamos todos sus agujeros con un buen argumento –Matteo se lucía con sus conclusiones, como siempre.

–Yo no soy tan insensato como para meter a todos en el mismo saco de locos descerebrados que leen ese tipo de chusma literaria.

–Míralo –les dijo Matteo a Daniele y Leonardo–. Que se cree con el único derecho a opinar.

–No es eso –trató de tranquilizarlos–. Es solo que no creo que a todo les guste que los traten así. Que me niego a creerlo, joder.

–Que sí, que sí, –repitió Leonardo–, que eso es lo que les gusta en el

fondo, que les peguen. Que los maltraten, y luego les compensemos con tonterías de las que les gusta. Después borrón y cuenta nueva.

Andrea pensó en su madre. En sus años de sacrificio y entrega. En lo buena persona que había sido. En lo culta y elegante que se había mostrado durante toda su vida.

–Mi madre no era así y mi padre tampoco –siguió argumentando.

–Tu madre no leía la basura de libros que leen las mujeres de ahora –respondió Leonardo–, y es un hecho que las mujeres son como los chicles: cuanto más los pisas más se te pegan, por ejemplo tu Rosseta.

–Joder, que te estás pasando –le dijo Andrea–. Que no te permito que le faltes el respeto a mi madre ni a mi chica.

Y la conversación derivó en temas religiosos que hizo a Matteo atacar a Daniele que se puso a la defensiva porque se confesaba católico practicante.

\*\*\*

Andrea estaba feliz porque un hotel de Marina Grande lo había contratado durante tres días para resolver los problemas de instalación del agua caliente y que no funcionaba. La caldera se había estropeado y él se había esmerado mucho para hacer un buen trabajo. Esperaba que fuera precursor para otros futuros. Durante la semana hacía trabajos de forma gratuita a las ancianas de la comunidad con la finalidad de que estas extendieran la noticia de su buen hacer a otras vecinas, pero el trabajo seguía escaseando salvo las llamadas que se sucedían con mucha frecuencia. Para Andrea resultó todo un alivio que lo llamaran casi con exclusividad el colectivo gay que aumentaban el gasto en la tarifa de teléfono. Había aprendido a jugar, y el truco del supermercado lo utilizaba prácticamente a diario. Los hacía ir de un lugar a otro del supermercado, les hacía coger, sujetar, sopesar diversas verduras como los pepinos, el calabacín, también frutas como los plátanos y los melocotones. Les hacía reír imaginando que eran el pene masculino, y los ponía a cien. Uno de los hombres asiduos que lo llamaba cada jueves a las ocho de la noche, le había pedido la dirección para enviarle obsequios, pero Andrea no era estúpido. Él, no era homosexual, aunque sus amigos se empeñaran en ello. Era un hombre desesperado que había encontrado una forma divertir a los que llamaban con sus comparaciones sexuales de las verduras y las frutas.

Pero seguía sin tener noticias de Rosseta, y la extrañaba muchísimo. Añoraba su mal humor. Sus faldas cortas y sus tacones de aguja. Extrañaba

sus guisos malos, su risa tonta. Le había escrito y llamado cada semana, pero estaba desaparecida. Andrea se decía que tenía que continuar hacia delante sin mirar atrás, pero la quería de verdad. Él, no era hombre de muchas mujeres, todo lo contrario, se sentía feliz con una única mujer en su hogar. Le gustaba llegar por la noche y encontrarla en la casa preparando la cena. Sin embargo, su casa estaba sola. Vacía y fría. Y porque se sentía mal y confiaba que ella volviera alguna vez, pintó el salón de blanco. Las habitaciones las pintó de vainilla. Vació el patio de plantas muertas y sustituyó cada azulejo roto. Desatascó el desagüe que estaba lleno de tierra. Siguió esperando una llamada, una postal. Un indicativo de que todo podía cambiar para él, pero Andrea siguió con su vida de tele operador erótico y ganando un dinero nada despreciable. Agosto dio paso a septiembre y octubre. La isla seguía con una actividad frenética porque el buen tiempo acompañaba, aunque ahora ya no había tantos turistas jóvenes y alocados en busca de juerga y alcohol. Los turistas de esa época solían ser familias con hijos, viudos y solitarios.

Ese viernes de octubre se dirigió de nuevo hacia el bar de tapas de su amigo. Le sorprendió que no estuviera cerrados como cada viernes de siete a nueve. Las puertas estaban abiertas y las ventanas también. Se escuchaba una música alegre y típica de los chiringuitos de la playa. Cuando Andrea cruzó la puerta, el griterío le hizo dar un paso hacia atrás. El bar estaba lleno de turistas que parecía que se habían bebido hasta el agua de los floreros. Andrea miró a Daniele con un interrogante en los ojos. Éste le hizo un encogimiento de hombros. Matteo bailaba con uno de armas tomar, y cuando se percató que él había entrado al establecimiento, paró su baile y aplaudió.

—Aquí tenemos a nuestro Macho Alfa más internacional.

Varias mariconas gritaron como si estuvieran en un concierto de Ricky Marti. Andrea sintió el impulso de salir corriendo, pero entonces Leonardo lo sujetó del brazo y lo empujó hacia el interior. Y se encontró de repente rodeado por un grupo de hombres que lo tocaban de una forma que le desagradó. El pecho, el culo, la entrepierna.

—¿Qué significa esto? —le preguntó a Matteo.

—Es una despedida de soltero —respondió mientras bebía un trago de su cubata.

De repente, Leonardo y Matteo lo llevaron hacia la parte posterior del local. Cruzaron el patio en dirección a la pequeña habitación que utilizaba Daniele para descansar. En el estrecho catre había un traje de color azul oscuro. Una camisa negra a rayas y un pañuelo amarillo.

—Hemos incluido al tele operador erótico en las fiestas de despedidas de solteros —le explicó Matteo mientras comenzaba a desabrocharle la camisa de algodón blanco.

—¡Joder! —exclamó—. Que no quiero participar en juegos de maricas.

Los amigos no se ofendieron.

—Solo será una interpretación y ganarás mucho dinero.

Seguían desvistiéndolo.

—Que puedo desnudarme solo, y podíais haberme avisado.

—Entonces no habrías venido —le dijo el amigo—. Daniele está dispuesto a dejar libre el local los viernes por la noche para estas fiestas, te dará parte de los beneficios que obtenga del consumo de bebidas y comidas de cada evento.

Andrea se sentía emocionado por lo generosos que se mostraban sus amigos, pero a la vez estaba disgustado porque no le habían consultado nada. Mirando el traje oscuro sintió un vuelco de rechazo que no pasó desapercibido para ninguno de los otros dos.

–El novio está a punto de llegar y tú eres su sorpresa –le explicó Matteo. Andrea entrecerró los ojos molesto–. Sus amigos correrán con todos los gastos, y te aseguro que están dispuestos a gastar en el tele operador más sexi de Capri.

–No soy un gigoló ni un puto –les respondió con voz seca.

Leonardo puso las manos en jarras y lo miró con atención.

–No –le contestó Matteo–. Serás un actor durante unas horas, y te comportarás como el tío loco que esperan. –Él no estaba en absoluto de acuerdo–. Puedes sacar perfectamente mil euros solo por actuar durante unas horas.

Si no necesitara el dinero tan desesperadamente pensó él lo mandaría todo al diablo.

–¿Y qué papel tenéis vosotros en todo esto? –preguntó al mismo tiempo que se desabrochaba la camisa y los pantalones.

–Somos los camareros –dijo Matteo guiñándole un ojo.

–Imagino que esto ha sido idea tuya –le dijo al taxista.

–Me enteré por un turista, del grupo de hombres que venían de Nápoles para celebrar la despedida de soltero aquí en la isla. Él, había venido para hacer la reserva del hotel y buscar un restaurante para cenar. Pensaban contratar a un gigoló, y entonces se me encendió la bombilla de la inteligencia.

–Lo dudo –le respondió Andrea–. La única bombilla que se te enciende la tienes entre las piernas.

La camisa negra quedaba bien con el color azul oscuro del traje. Leonardo le colocó el pañuelo inglés alrededor del cuello y se lo anudó con elegancia, pero él detestaba el color amarillo, le daba mal fario.

–Voy a sudar como un cerdo –se quejó.

Andrea se resistía a participar en el juego erótico. Él, no había nacido para eso, sin embargo, pensó en el dinero que habría adelantado Daniele para las bebidas y la comida que consumirían esa noche, además del esfuerzo de esos dos crápulas a los que quería como si fueran sus hermanos.

–No soy un juguete sexual.

–¿Pero quieres ganar euros? –le preguntó Leonardo.

No solo eso, Andrea se había leído también varios volúmenes eróticos que lo habían dejado con un mal sabor de boca. Los personajes de esos libros no eran reales. Y se preguntó cómo las personas podían dejarse embaucar por ese tipo de literatura barata que los engañaba y que les hacía suspirar por fantasmas. Se leyó dos veces el libro para entender el motivo real por el que lo había abandonado su Rosseta, y la llamó estúpida no una sino un millón de veces. Hombres como ese no existían salvo en la mente calenturienta de las mujeres que los imaginaban y luego los describían en una novela. Y él ahora tenía que entretener a un colectivo gay con el que no se identificaba por mucho que sus amigos lo desearan.

Andrea bufó porque la noche podía ser un desastre, o podría intentar divertirse y beber con unos hombres que habían ido a la isla a pasárselo de puta madre.

–He leído el libro dos veces –admitió avergonzado.

Leonardo soltó una carcajada.

–El traje te sienta fenomenal.

–¿De dónde lo habéis sacado?

Matteo y Leonardo se miraron cómplices.

–Un inglés se dejó el equipaje en mi coche cuando tuvo que regresar de forma imprevista a Londres –confesó Matteo.

A Andrea le extrañó que le sentara tan bien, pero ignoraba que la tía de Leonardo lo había arreglado para él. Como lo conocía desde niño, no había hecho falta tomarle las medidas. Leonardo sacó un frasco de perfume y lo roció de pies a cabeza hasta el punto de provocarle un ataque de tos.

–Ya está bien –le advirtió con una mirada seca–, que me vas ahogar.

–Llevas el pelo un poco largo –apuntó Matteo con ojo crítico.

Andrea se dijo que comparado con su amigo él lo llevaba casi como un militar.

–¿Sabrás hacerte el interesante? –inquirió Leonardo con ojos entrecerrados evaluando su creación.

–Haré mi entrada espectacular cuando estén borrachos como una cuba.

\*\*\*

Nada había salido como esperaba. Andrea tardó en hacer su entrada, y cuando lo hizo, los ánimos estaban tan calientes que por un momento temió por su seguridad. Al principio le costó actuar con naturalidad, sin embargo, tras varios limoncellos comenzó a entonarse y a tomar confianza. El novio, al

que le hacían la despedida, no estaba nada mal, y se preguntó si sería tan incauto para creerse que su vida iba a ser feliz. Y esa certeza le hizo comportarse como el narcisista que se esperaba que fuera. Bailó con él de forma íntima susurrándole frases que le había copiado su amigo Leonardo en un par de folios. Se mostró sexualmente activo y controlado. Trató al homenajado como si tuviera el derecho de usarlo y abusar de su cuerpo y de su mente. Sin apenas percatarse, le pusieron el látigo entre las manos, y él lo utilizó, pero no para golpear, sino para atarlo mientras bailaban de forma íntima y explícita, aunque no bailó solo con el futuro novio. Lo hizo con cada uno de los amigos que asistían a la fiesta de despedida. Muchos se sobrepasaron con él que no tenía tantas manos para sujetar y controlar las manos de ellos. Uno se atrevió a besarlo en la boca mientras introducía la mano por su bragueta. Andrea dio un paso hacia atrás, pero entonces fue el novio el que tomó el relevo, y a él no le quedó más remedio que dejarse llevar como si se hubiesen cambiado las tornas, ahora no era él el controlador sino un muñeco en sus manos. Andrea estaba mareado, excitado y no manejaba su voluntad. El novio lo besó con avidez, con lujuria, y sin darse cuenta terminaron en la pequeña habitación donde se había cambiado de ropa. Él ya le desabrochaba la bragueta y se colgaba de su cuello como si no pudiera sujetarse a nada más.

Andrea estaba muy excitado además de borracho porque no acostumbraba a beber alcohol de alta graduación, y llevaba en su cuerpo varios vasos de whiskey mezclado con limoncello. Era un simple fontanero que se conformaba con un par de cervezas el fin de semana, sin embargo, esa noche era el protagonista absoluto de las fantasías sexuales de un hombre que pronto estaría casado con otro. El novio olía muy bien y los besos y las caricias dieron paso a un sexo duro e imprevisto. Andrea no lo tumbó en la cama, su estatura y corpulencia le permitieron sujetarlo, y apoyar el pecho de él en la pared. A la primera embestida el muy zorro grito con auténtico placer, y las semanas de angustia que se habían convertido en despecho, le hicieron olvidarse de todo y seguir disfrutando el momento de una forma brutal y única. No fue tierno ni delicado. Era un puto sicópata que disfrutaba de someterlo, al menos por esa noche.

## 8

La resaca de Andrea resultó espectacular. Después de follarse al futuro novio, la juerga terminó en la playa donde terminaron todos bañándose desnudos. Andrea no supo cómo ni cuándo regresó a su vivienda, pero cuando despertó, el dolor de cabeza era insoportable. Se levantó de la cama y salió al salón. Matteo dormía en el incómodo sofá y Leonardo en el sillón. Sus ronquidos se asemejaban a una moto que tiene el tubo de escape roto. Necesitaba un café bien cargado. Tropezó con los zapatos de Matteo y lanzó una maldición que despertó a los dos amigos.

–Cago en la ostia, ¿qué hacéis aquí?

Se dirigió a la pequeña cocina y buscó en el armario un poco de bicarbonato. Sentía el estómago revuelto y ganas de vomitar.

–Yo también quiero un poco de eso.

Leonardo lo había seguido a la cocina.

–El cabrón de Daniele nos puso alcohol de garrafón –dijo Matteo mientras se rascaba debajo del brazo. Estaba vestido solo con los calzoncillos.

Andrea se pasó las manos por el pelo. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan mal.

–Otra juerga como esta y no lo cuento –se quejó con razón.

–Uno de los amigos del novio añadió al alcohol pastillas.

La voz de Matteo le llegó alta y clara.

–¿Éxtasis? –preguntó en un tono de voz incrédulo.

Matteo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–¿Tú lo sabías? –volvió a afirmar–. La madre que te parió.

–Ayudó a entonarte, ¿no?

–Yo no quería llegar a esto –respondió enojado–. ¡Que me he follado a un tío, cabrones!

–Pues al novio debió gustarle mucho que te lo follaras porque dejó una propina para ti bastante generosa.

Andrea miró a Matteo decepcionado, dolido y furioso.

–Ya estás contento –contestó–. Ya soy un puto gay oficial.

Leonardo se había mantenido en silencio. Se encontraba bastante mal e ignoraba que a los cubatas se le habían añadido drogas.

–No se le hace esto a los amigos –le recriminó Andrea a Matteo.

–¡Joder! Que lo pasamos de puta madre –afirmó al mismo tiempo que se levantaba–. Al menos uno de nosotros mojó el churro.

Andrea lo miró con atención.

–Te pondrías un preservativo, ¿verdad? –quiso saber Leonardo.

Andrea soltó un suspiro largo.

–Os informo, por si se os había olvidado, que no iba preparado para tener sexo con un tío y menos desconocido –respondió grave.

Se sentía tan decepcionado, tan avergonzado que no podía mirar a sus amigos a la cara.

–No recuerdo casi nada de lo que hice.

Matteo que se había dirigido hacia el minúsculo lavabo se giró para mirarlo sorprendido.

–¿Estás seguro?

–No tiene gracia –contestó el fontanero.

–La próxima vez tendremos más cuidado –dijo Leonardo.

–No habrá una próxima vez –afirmó rotundo.

–¡Pero si has tenido un éxito del copón! Y has disfrutado, ¡admítelo! Has disfrutado con ese culito...

Andrea se sentía realmente mal. Y le echó la culpa a la droga que le habían puesto en el alcohol que lo volvió loco y desinhibido. Él no era un puto gay, y tenía que demostrárselo a sus amigos de una maldita vez.

–No soy homosexual –admitió en voz baja.

–¡Cago en la ostia! ¿Lo estás oyendo? –la pregunta de Matteo iba dirigida a Leonardo que no se creía la respuesta del fontanero.

–¿Qué hay de malo en follarse a una tío que está como un tren? ¡Joder, Andrea! Que sabías lo que buscaba y se lo diste –le dijo Leonardo–. Si no fueras homosexual ninguna droga habría hecho que te lo follaras.

–Admite tu condición de una vez –remató el taxista.

–¿De verdad pensáis que si me gustaran los tíos no lo sabría?

–Te mientes a ti mismo –respondieron los dos–. Recuerda a Paulo.

Paulo era el joven con el que lo habían pillado en el instituto. Andrea lamentó ser tan diferente de sus amigos.

–No soy homosexual –afirmó Matteo por enésima vez.

–Eres un puto gay como todos nosotros.

Matteo se reafirmó en sus palabras.

–Tendrás que admitirlo tarde o temprano, Andrea –dijo Leonardo–, según palabras del futuro novio, eres un trípode.

Si sus amigos esperaban que se sintiera mejor, estaban completamente equivocados.

–Voy a darme una ducha –les dijo a los dos en un tono muy encabronado.

Los quería un montón, pero estaba a punto de mandarlos a la mierda.

–Date prisa porque Daniele nos espera –apuntó Leonardo.

Andrea no sabía el motivo.

–¿Te has olvidado de Punta di Tragara? –Andrea no se acordaba de nada por culpa de la monumental resaca–. Hemos quedado a comer con unos suecos para hacerles de guía turísticos.

Andrea no tenía ganas de hacer de guía para nadie.

–Iros sin mi –les contestó.

–Joder, que ya nos han pagado.

Maldijo por lo bajo. Le esperaba una mañana bastante dura por culpa de la bebida. Solo le apetecía quedarse en casa y seguir durmiendo hasta el día siguiente, sin embargo, se dio una ducha rápida y acompañó a sus amigos.

\*\*\*

Los suecos habían pagado un precio elevado por la excursión porque él estaba incluido en el paquete que se había ofertado en privado. Andrea ignoraba que uno de los agentes de la agencia de viajes más importante de Nápoles, era asiduo a su línea erótica gay, y estaba ayudando a extender la fama de él en los íntimos y cerrados círculos homosexuales. Su fama comenzaba a alcanzar proporciones desorbitadas, pero cuando uno de los suecos le hizo una proposición discreta, la paciencia de Andrea explotó.

Había regresado a Capri echando pestes por la boca y maldiciendo a Matteo que lo seguía metiendo en unos líos tremendos. Daniele, que no los había acompañado, le puso delante una cerveza para calmarlo. El bar de copas estaba lleno de turistas ingleses que bebían como cosacos.

–¿Puedes creerlo? –le preguntó aunque no esperó respuesta. Daniele no podía parar ni un momento.

A las cinco de la tarde despidió al último guiri y cerró la persiana del establecimiento.

–¿Comes algo conmigo? –le preguntó Daniele.

Andrea no podía llevarse nada a la boca. Seguía teniendo malestar en el estómago.

–Estoy hecho polvo –admitió cabizbajo–. Salvo algún porro en el

instituto jamás he tomado drogas.

–Siempre hay una primera vez –respondió el amigo al mismo tiempo que le ponía un plato de ensaladilla en la mesa.

Andrea lo apartó con desagrado. Daniele se había sentado a su lado con un trozo de pizza y una par de cervezas heladas.

–No –respondió mientras alzaba el tercio para beber–. Si hacemos cosas que nos hacen sentir mal, es mejor no hacerlas.

–Eso es porque estamos adoctrinados –Daniele acababa de darle un mordisco a su bocadillo.

Andrea pensó que era cierto. Años de enseñanzas religiosas no se borraban en unas horas. Aunque no era practicante, se declaraba católico porque su madre le había inculcado valores religiosos, y comportándose de una forma cabal era su forma de honrarla y contribuirle los años de cuidados y cariño que le había mostrado. Andrea consideraba a su madre una santa.

–Pero no tienes que sentirte culpable –continuó Daniele que casi se había terminado su bocata–. Las personas ya no son lo que eran.

Andrea meditó en las palabras de su amigo.

–¿En qué momento del recorrido nos hemos perdido? –la pregunta era retórica.

Daniele se levantó de la silla y puso unas aceitunas en un plato. Cogió dos cervezas y las llevó a la mesa. Le ofreció otra a Andrea que la tomó como un autómata.

–Es curioso que las mujeres busquen igualarse a los hombres, y piensen que esa igualdad la alcanzarán portándose de forma tan cabrona como cabrones piensan que se comportan ellos.

Andrea pensó que eso no era del todo cierto. Él, nunca se había comportado como un cabrón salvo con la excepción de la noche pasada.

–En esta sociedad las mujeres ya no buscan la seguridad y la protección que puede brindarles un hombre –siguió Daniele–. La familia importa una mierda. Solo buscan su propio interés sexual y económico, como ellos.

Andrea apuró su cerveza mientras asentía.

–¿Y de quién es la culpa?

Daniele pensó durante un momento en la respuesta más apropiada.

–En parte de todos porque les han permitido creer que pueden alcanzar esa igualdad, pero no es cierto. –Andrea terminó por reírse.

–Somos muy simples –admitió Andrea.

–Cuando ellas entiendan que los hombres son simples y sin más

aspiraciones que las básicas, se acabó lo de querer la igualdad –terminó Daniele.

Andrea lo vio levantarse de nuevo e ir a la caja registradora. Unos momentos después regresó a la mesa. Le dio un fajo de euros que Andrea no se atrevió a tomar.

–Las ganancias de la juerga de anoche asciende a tres mil euros –Andrea silbó–. Treinta clientes a razón de cien euros cada uno suma ese total.

–Cobraste muy barato –Andrea pensó en la cantidad de cubatas que se sirvieron, además de las tapas a base de marisco.

–Estamos en temporada baja –Andrea seguía sin decidirse a coger el dinero–. No debería hacerte sentir mal cogerlo.

–Es la primera vez que cobro por follarme a un tío –reconoció con cierta vergüenza–. Imagina cómo me siento.

Daniele soltó un suspiro largo.

–Las ganancias no son por ese polvo rápido que le echaste sino por las bebidas y comida que servimos.

–No soy gay, Daniele, ¿no podéis aceptarlo? –preguntó con los ojos entrecerrados.

–Eres tú el que se engaña –contestó Daniele–. El que trata por todos los medios de comportarse como esos hombres odiosos que gustan tanto a las zorras como Rosseta, pero te haces daño a ti mismo.

–No soy gay –insistió muy serio.

Daniele miró a su amigo con pesar. Era un tío estupendo, pero vivía reprimiendo su verdadera naturaleza.

–¿De verdad no disfrutaste de follarte a ese palomo?

Andrea le echaba la culpa a la droga, a sus amigos, pero sí que había disfrutado, aunque no lo iba a reconocer ni muerto.

–Acepta el dinero, te lo mereces.

–Tú deberías quedarte dos terceras partes.

Daniele negó con la cabeza.

–Este dinero fue logrado gracias a tu fama de Macho Alfa. Te mereces la mitad y aquí lo tienes, mil quinientos euros.

–No volveré a repetirlo –aseveró Andrea decidido.

–¿Ni aunque el próximo sea un futuro novio tan guapo como el que te tiraste anoche? –le preguntó con doble intención.

–La primera y la última –admitió con la cabeza baja.

–No te sientas culpable –le dijo Daniele–. Acéptate como eres. Vivirás

más feliz, y nosotros también.

Andrea hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–No volveré a hacerlo –reiteró.

Daniele hizo un encogimiento de hombros.

–Si cambias de opinión seguirás teniendo el local los viernes por la noche a tu disposición.

–Me refería a tener sexo.

Daniele sonrió. Le gustaba esa honorabilidad en Andrea. Era un tío cabal y fiel. Lástima que se empeñara en ocultar su verdadera naturaleza.

–¿Qué hay de malo? –le preguntó–. Eres un hombre libre de compromisos. No haces mal a nadie por echar un polvo con una tía bueno.

–Joder, Daniele –le dijo cansado–. Os quiero un montón, pero me duele y ofende que no aceptéis mi decisión. Me gustan las tías. Quiero que regrese Rosseta –Andrea tomó aire antes de continuar–. Y si fuera al contrario, yo si respetaría vuestra decisión y no os estaría machacando cada día.

–Está bien –le dijo Daniele–, ya no insistiré más, venga, invítame a un limoncello con ese dinero que te has ganado por follar duro.

Andrea soltó una blasfemia al escucharlo.

## 9

Andrea siguió teniendo un éxito arrollador como tele operador de línea erótica. El eslogan, *Macho Alfa*, era conocido ya no solo en Nápoles sino que alcanzaba algunas ciudades europeas como París, Londres y Madrid. Comenzaba a tener trabajo como fontanero porque cada vez lo llamaban más hombres para que les arreglara supuestas averías. Andrea no entraba en el juego, y cuando acudía a una llamada y descubría que había sido una treta, únicamente les cobraba el desplazamiento. Esa tarde había cogido su Fiat con entusiasmo porque tenía una posible avería en Marina Picola, pero al llegar a la finca se encontró con otra falsa alarma, así que se dedicó a interpretar el papel por el que los hombres lo llamaban cada vez con más frecuencia, incluso hasta le divertía.

–Adivine quién soy –le dijo a la mujer–. El fontanero... ha llamado al fontanero, ¿verdad? –le preguntó al entender la sonrisa del hombre.

–He llamado al Macho Alfa –respondió haciéndole ojitos.

–Pues aquí estoy –contestó siguiéndolo hacia el interior de la vivienda. El hombre se paró en medio de la cocina–. Soy el fontanero –le aclaró.

El hombre mayor encogió los hombros con cierta timidez. Andrea entendió en ese gesto demasiado. En esos meses había comenzado a comprender lo vacíos y solos que estaban algunos hombres. Hombres marcados por la rigidez de unas leyes que los marginaban. El mundo cambiaba rápido, pero los homosexuales no eran bien visto en muchos lugares del planeta.

–No busco nada obsceno –le aclaró turbado–, solo quiero pasar un rato agradable con un hombre atractivo y tan famoso como usted.

Andrea dejó la caja de herramientas encima de la mesa y lo observó con atención. El hombre debía rondar los setenta años aunque parecía mucho mayor. En la casa no había nada que indicara que vivía con nadie.

–¿Cómo ha obtenido mi número de teléfono? –preguntó.

–Capri es una isla pequeña.

–No me ha llamado por una avería, ¿verdad?

El hombre se sumó a un silencio perturbador.

–Es una avería un tanto especial.

Andrea entendió.

–¿Y dónde se encuentra? –el anciano comprendiendo la pregunta se

señaló el corazón—. Esa avería no puedo repararla —le respondió sincero.

Entonces el hombre le señaló el fregadero.

—Le cuesta tragarse el agua —obviamente mentía.

Andrea sonrió abiertamente.

—Hay sí puede haber un peligro extremo —contestó con humor.

—Entonces tendrá que hacer algo al respecto —contestó correspondiéndole.

—Tendré que ponerme de rodillas... —así lo hizo, y como se había imaginado, el fregadero no tenía ninguna avería.

—Le puedo ofrecer algo frío para tomar, hace una tarde muy calurosa.

Andrea estuvo más tiempo del que hacía falta en esa posición ignominiosa para que el hombre tuviera tiempo de ver la hucha que él dejaba asomar. Si algo caracterizaba a los fontaneros era su fama de enseñar la hucha cuando se arrodillaban frente a los fregaderos, y él no podía ser menos, sobre todo cuando un chiquillo de quince años le había preguntado por qué motivo a él no se le veía la hucha como al resto del gremio. Tuvo que tomar cartas en el asunto. Ahora era consciente de lo que disfrutaban los hombres mirando esa parte de la anatomía masculina y creyendo que nadie se daba cuenta de ello. Finalmente, Andrea aceptó una coca cola que tan amablemente le ofreció el hombre. Tomó asiento en la cocina junto a él y compartió sus bromas y ocurrencias. No quiso tomar los cincuenta euros que le ofreció al finalizar porque, si le había dedicado una hora de su vida, había sido de forma voluntaria.

Algo en la mirada que le había mostrado le indicó que sufría y que estaba muy solo, y que agradecía un poco de compañía, aunque fuera la del fontanero. Cuando se despidió de él, el hombre se mostró agradecido.

—Me queda poco tiempo de vida —le contó de pronto—. Estoy en fase terminal. —Andrea se quedó parado en la puerta sin saber qué decir a continuación. Se había quedado en blanco—. Nunca olvidaré este gesto —le dijo emocionado—. Gracias, Macho Alfa.

Y Andrea se encontró visitándolo una vez por semana. El aciano lo invitaba a café, y juntos pasaban un par de horas de risas y bromas jugando al dominó. Él, no le decía nada sobre su enfermedad, pero no hacía falta porque se le notaba en el semblante que sufría mucho. Andrea se sentía bien a su lado porque como él, también se encontraba muy solo en ocasiones. Andrea terminó contándole sus peripecias tras la línea de teléfono y lo que se divertía participando en algunas despedidas de solteros cuando los hombres no se

desataban y se portaban como locos descerebrados. Él, jamás le contó nada personal salvo su nombre, Pietro, simplemente escuchaba y agradecía esos momentos de compañía que Andrea le obsequiaba.

\*\*\*

El viernes por la noche se reunió de nuevo con la panda. Ya le había perdonado a Matteo y Leonardo la encerrona con los turistas suecos que habían venido a ver algo más que una cala. El teléfono móvil no dejaba de sonar porque ya no trabajaba para la empresa sino que se había organizado solo. Ahora tenía y gestionaba su propia línea erótica. Ganaba mucho más por cada llamada, e incluso estaba pensando contratar a algunos hombres para que le ayudaran, sobre todo con el éxito que tenía entre la comunidad gay.

–¡Joder, contesta! –exclamó Matteo–. Que así no podemos tomarnos una cerveza tranquilos.

–Una regla es una regla –respondió mientras se metía un par de aceitunas en la boca.

Andrea seguía participando en despedidas de solteros porque dejaban bastante dinero aunque nunca más había tenido sexo con ninguno de los futuros novios, se había impuesto unas reglas que no rompía. Leonardo y Matteo lo habían aceptado y ya no se metían con él ni con los agujeros de los culitos que no quería tapar. Participaban en cada despedida ayudando como camareros, tomándose todas las libertades con los hombres que asistían, y cuando estaban hasta las cejas de alcohol. El teléfono volvió a sonar y Leonardo le hizo un gesto para que lo cogiera. Finalmente le hizo caso.

–Al habla, el Macho Alfa –se escuchó silencio.

Los amigos no podían oír las palabras al otro lado de la línea, pero sí las respuestas que ofrecía Andrea y en nada se parecían a las torpes frases que había utilizado al principio. Ahora tenía un sonido más controlado y sexi. Entonaba a la perfección y había aprendido a hacer unos ruidos con la lengua que debía volverlos locos. Los gemidos de tanto en tanto también ayudaban.

–Solo son negocios –respondió con un suspiro calculado–. Estoy sorprendido –Matteo tenía los ojos abiertos de par en par e intentaba escuchar algo al otro lado de la línea–. Hummm, todo o nada –Daniele se divertía de lo lindo viendo a su amigo en ese nuevo papel–. Es el precio del placer...

El tiempo seguía corriendo a favor, y Leonardo sintió ganas de aplaudir su éxito.

–Porque soy una atracción letal.

Tras un par de minutos en los que mantuvo silencio, Andrea de pronto colgó. Los tres amigos lo miraron sorprendidos.

–No pierdo el tiempo con sicópatas –les explico a medias.

–Pero estaba consumiendo minutos –dijo Matteo.

Andrea lo miró atentamente.

–No pienso perder mi tiempo explicándole a un loco la forma en la que lo despedazaría, quemaría o enterraría...

–Los hay pervertidos de verdad –apuntó Leonardo.

El teléfono volvió a sonar y era un número diferente.

–Me dan ganas de tirarlo al mar.

Y era cierto. Andrea ya no estaba tan desesperado puesto que ganaba un dinero importante gracias a las despedidas de soltero, y a las llamadas eróticas, pero en ese momento podía elegir las que recibía, contestaba, y las que no. Ante la insistencia descolgó de nuevo.

–Al habla el Macho Alfa –pero la voz al otro se mostraba tímida–. No escondo nada.

Leonardo hizo un encogimiento de hombros porque si Andrea seguía contestando, el momento panda de amigos se podía ir al traste.

–Déjate llevar –siguió más silencio–. Rosseta, ¿eres tú?

Pero habían colgado. Andrea se quedó atónito mirando el móvil. Parpadeaba tratando de analizar la voz que había escuchado al otro lado de la línea.

–¿Qué sucede? –quiso saber Matteo.

Pero Andrea seguía en silencio.

–Era Rosseta la que ha llamado –respondió al fin.

Los tres amigos se quedaron sin poder decir nada al respecto.

–Eso si es ser mala gente –apuntó Matteo–. Te da la patada en el culo, y ahora que empiezas a levantar cabeza se acuerda de llamarte.

Andrea hacía cábalas a toda velocidad. Una de las personas que le llamaba con asiduidad apenas hablaba, se limitaba a escuchar sus frases al otro lado de la línea, pero en esta ocasión había sido diferente porque le había hecho preguntas, y por ese motivo había podido reconocer su voz. Su corazón sufrió un vuelco.

–Que no seas capullo, Andrea, que tienes que olvidarla.

Pero él no escuchaba las palabras de Leonardo. Seguía inmerso en preguntas sin respuesta. ¿Por qué lo había llamado? ¿Acaso pretendía volver

con él? ¿Habría recapacitado sobre su marcha?

–Mañana tienes una despedida –dijo de pronto Daniele.

Andrea regresó de su ensoñación.

–Pero mañana es sábado.

–Es una despedida especial –reveló el dueño del local–. Viene un grupo de Sorrento, ya han hecho una transferencia de dos mil euros.

Andrea parpadeó sorprendido.

–¿Cuántos? –preguntó curioso.

–Cuarenta.

–¡Joder! –exclamó sin humor–. El bar no tiene ese aforo, y nos podemos meter en un lío con el ayuntamiento.

–No te preocupes –le dijo Daniele–, he obtenido un permiso especial aunque solo para esa noche.

–¿De Sorrento? –la pregunta de Andrea era retórica.

–Que la Rosseta no va a volver –le espetó Matteo bastante enfadado–. Que tienes que olvidarte de ella de una puta vez.

–¿Me queréis dejar tranquilo?

Leonardo resopló incrédulo. Que Andrea siguiera suspirando por esa estúpida, lo enfurecía, y por ese motivo no pudo contenerse y le dio un calbote.

–P´a que espabiles.

–Que me voy, que os ponéis insoportables –amenazó.

\*\*\*

Andrea no había visto nunca a unas mariconas más locas como las del grupo que había llegado de Sorrento. El que menos edad tenía debía rondar los sesenta años. Ni de coña se creía que era una despedida de soltero, sin embargo, interpretó su papel muy bien. Se puso el traje azul con la camisa negra. Ya había aprendido a anudarse el pañuelo alrededor del cuello al estilo inglés, y a llevar el látigo fetichista enrollado en la mano derecha. Los hombres bebían cuanto les ponía Daniele delante, y devoraron los platos de comida a una velocidad increíble. Matteo y Leonardo no daban a bastos a servir los platos. Como no había mucho espacio en el bar, los hombres se mantenían de pie bailando al mismo tiempo que comían y bebían, y parecía que no les importaba la estrechez del lugar. Cuando el supuesto novio se plantó frente a él, Andrea supo que podía tener problemas. Veía en sus ojos una resolución que no le gustó en absoluto.

–Así que tú eres el Macho Alfa.

Él, hizo un gesto afirmativo.

–Te imaginaba de otra forma. Más narcisista.

El hombre de unos sesenta años lo sujetaba por la cintura de una forma que lo incomodaba.

–Eso es porque soy un hombre a contracorriente.

–No eres guapo –le dijo–, pero sin duda tienes algo que llama la atención, ¿qué te gustaría ser para mí?

Andrea pensó la respuesta muy detenidamente.

–Un amante desatado.

–¿Y...? –lo instó él que se pegaba a su cuerpo como un lapa.

–Te haría hervir la sangre...

Al hombre debió de gustarle la respuesta porque decidió disfrutar del silencio, eso sí, bailando con él de forma muy íntima. Le pasó la mano por el culo, y Andrea dio un respingo. Le costaba acostumbrarse a que lo tocaran sin su permiso.

Bailó con él. Lo sedujo con palabras, miradas. Le enrolló el látigo a la cintura en el momento más subido de la celebración, aunque vigiló muy bien lo que bebía porque no quería terminar como la primera despedida, además de que el supuesto novio tenía edad para ser su padre.

En el grupo de hombres había uno que no encajaba. Debía tener la misma edad del resto, pero vestía con elegancia y se comportaba acorde a su atuendo. Lo miraba de una forma que lo hacía sentirse vulnerable. Cuando otra maricona trató de abrazarlo aprovechando un despiste suyo, el hombre atractivo lo interceptó. Le puso la mano en el hombro y le susurró en la oreja:

–Eres más bueno de lo que pensaba, y podría hacer de ti una estrella refulgente.

Andrea optó por no responderle. Él, no quería ser una estrella sino un hombre normal, con un trabajo normal, con una vida normal, y con una mujer normal como Rosseta.

–Eres un diamante en bruto –siguió–. Esperaré tu visita en este hotel. – El enigmático hombre le metió una tarjeta en el bolsillo superior de su traje.

Lo miró una última vez y desapareció.

Andrea se dijo que ni loco iba a hacer algo así. Se prestaba a jugar en las despedidas, pero nada más. Cuando Leonardo cambió la música sensual por rumbas, el grupo de hombres se desataron por completo. Algunos se habían colado detrás del mostrador para servir cubatas. Daniele optó por no

enfadarse. Lo que estaban dispuestas a pagar bien valía que le saquearan la bodega.

La fiesta terminó a las cinco de la madrugada. El grupo de hombres había contratado los servicios de un hotel que estaba muy cerca del bar, y cuando se quedaron solos, Andrea se sentó sobre una silla completamente molido.

–Me voy a casa –dijo unos minutos después.

–Un limoncello más –dijo Leonardo que ya llenaba cuatro chupitos.

–Limoncello para los cuatro –apuntó Matteo.

–Llevad cuidado –les dijo Daniele–, que habéis bebido mucho.

No era cierto. Andrea se controlaba y controlaba que no le echaran nada en la bebida como aquella primera vez.

–Está bien –aceptó–. Un último limoncello.

## 10

Su sorpresa fue mayúscula cuando al llegar a su pequeña casa de alquiler, Rosseta lo esperaba sentada en la cama. Andrea no fue capaz de decir nada. Se mantuvo de pie mirándola con atención.

–No has cambiado la cerradura –ella le mostró la llave que no le había devuelto.

–¿Qué haces aquí? –logró preguntar.

–Quería comprobar con mis propios ojos lo cambiado que estás.

Andrea trataba de comprender sus palabras que le sonaron falsas porque creyó que su visita escondía otra intención.

–Ahora tengo trabajo –fue una afirmación por su parte.

Andrea necesitaba que supiera que ya no era el bala perdida de unos meses atrás.

–Lo sé. Todos hablan con pasión del Macho Alfa erótico –respiró un momento–. Tus despedidas para solteros causan furor por todos sitios.

–Cuando me llamabas, ¿por qué no me decías que eras tú?

Rosseta bajó los ojos un poco turbada.

–Porque pensaba que me colgarías, y porque me gustaba escuchar al hombre tan diferente en el que te has convertido comparado con el que dejé aquí en Capri.

Andrea entrecerró los ojos. Lo había pasado realmente mal con su marcha.

–No soy diferente, soy el mismo Andrea que te ama como el primer día. Aquel primer día en la jefatura de tráfico –ella se pasó la lengua por los labios en una clara invitación.

–Por eso he venido –le respondió–. Para darte otra oportunidad.

Andrea ni se lo pensó. La cogió por los brazos y la besó con fuerza. La había extrañado muchísimo y nunca había perdido la esperanza de que volviera.

Se desnudaron a la misma vez. Con urgencia, bruscos. Andrea la inclinó con suavidad hacia la cama sin dejar de besarla. Le encantaba como olía. Su sabor. Era su Rosseta, la mujer de su vida.

–Átame –le pidió ella de pronto.

Andrea se alzó un poco para mirarla con atención.

–No –respondió con voz ronca.

Ella pareció conformarse porque lo atrapó por el cuello y lo inclinó hacia su boca para besarlo con ardor. Andrea no podía esperar. Habían sido semanas de angustia. Meses en los que la soledad lo había engullido por completo. Ahora que la tenía bajo su cuerpo, llenándose de su perfume, se sintió feliz. La penetró con suavidad y comenzó a moverse con delicadeza. Como si ella fuera la flor más exquisita y frágil. Estaba tan obsesionado por su regreso que Andrea no se percató de los movimientos bruscos que hacía ella. De los pellizcos que le daba en el culo, ni de la fuerza de sus piernas al trabarlo por la cintura.

–Insúltame –le pidió.

–Te amo –respondió él.

–¡No! –exclamó ella–. Quiero que me llames puta, golfa y perra mientras me penetras salvajemente...

Andrea alzó la cabeza y la miró sin comprender.

–¿Qué dices?

–¡Pégame! ¡Fóllame duro!

–¡Joder, Rosseta! –él, había parado el movimiento de sus caderas porque estaba perplejo.

Los ojos de ambos se miraron durante un largo instante, los de él con incertidumbre, los de ella con fría decisión.

–No quiero que me folle el Andrea maricón de antes, sino el Macho Alfa de ahora.

Andrea soltó el aire de forma abrupta, como si lo hubiesen golpeado en las costillas.

–¡Me cago en la ostia! –bramó sin creerse las palabras de ella.

–Que me folles duro, cabrón –lo insultó.

Andrea hizo lo único sensato que podía hacer, levantarse de la cama y mirarla estupefacto.

Rosseta lo miraba a su vez desabrida.

–¿No sabes pegarle a una mujer para ponerla caliente?

–No le he pegado nunca a una mujer –admitió confuso.

–¡Coño! ¡Pégame que te lo estoy pidiendo!

–¿Qué te pasa, Rosseta? –preguntó completamente fuera de juego.

Ella lo observó con mirada antipática.

–He venido aquí para que me folles duro. Para conocer de una vez si eres homosexual o no. –Él no entendía nada–. Si te pido que me ates, me atas. Si te pido que me pegues, me pegas. Compórtate como un hombre y no como

un marica.

Él, soltó el aire de golpe.

–No le he pegado nunca a una mujer, y tú no vas a ser la primera.

Rosseta resopló enfadada. Estaba desnuda en la cama igual que él que estaba plantado frente a ella. El enorme pene lo tenía todavía duro, y ella lo miró golosa durante un minuto.

–¡Yo quiero que me folles duro!

La mirada de él quemaba porque se sentía insultado.

–Soy Andrea Rossi, fontanero de profesión, que parece que lo has olvidado.

Rosseta lanzó un grito de frustración.

–¡Vete a la puta mierda!

La observó que recogía la ropa interior y se la colocaba deprisa.

–¿Qué haces? –le preguntó aunque era obvio.

–Y yo que pensaba que habías cambiado, y sigues siendo el mismo cobarde maricón de siempre.

Andrea no quería que se marchara.

–Rosseta, te quiero –le confesó en voz baja–. Lo eres todo para mí.

Ella resopló enfadada.

–Pero yo no quiero al fontanero, sino al Macho Alfa del que hablan todos. El que pone cachondo a to dios tras un teléfono.

Acababa de asestarle el golpe de gracia. El que le faltaba para terminar de abrirle los ojos.

–¡Rosseta...!

–Quiero que me folles como un hombre y no como un maricón.

Andrea respiró profundamente para calmarse. Estaba tan enfadado que podría golpearla como ella le había pedido mientras le hacía el amor sobre la cama.

–No te imaginaba con la mente tan calenturienta.

–¡Qué sabrás tú sobre la mente calenturienta de las mujeres!

Rosseta ya se colocaba la falda.

–Ahora conozco el contenido del libro que traías aquella vez de Nápoles.

–Así que te has leído el libro –dijo ella extrañada.

Todavía no se había abrochado la blusa.

–¿El libro que muestra los deseos sexuales de control y violencia de un hombre narcisista y que se cree con el derecho de usar y abusar del cuerpo y

la mente de una mujer joven y vulnerable como herramientas para su propia satisfacción? –Andrea calló durante unos instantes–. Sí, lo he leído, y otros muchos cortados por el mismo patrón.

–A la vista está de que no has captado su mensaje.

–Ya lo creo que lo he captado –respondió sin moverse del sitio y sin dejar de mirarla como si fuera la primera vez que la veía–. ¿Cómo es posible que no os deis cuenta que esos libros tratan de relaciones enfermizas y peligrosas, llena de abusos psicológicos y emocionales?

–¡Qué sabrás tú de abusos emocionales y psicológicos!

–Es cierto, Andrea Rossi, ha tenido una infancia normal, con una madre que lo quería. No aprendí a los veinte pocos años a pilotar un helicóptero, ni a tocar música clásica como si fuera un director de orquesta. Ni tengo un deportivo ni dinero para comprar el afecto de una mujer y su silencio a cambio de usarla para hacer con ella lo que me plazca.

–Es una historia de amor envuelta en glamour –justificó ella–, y que está satisfaciendo a miles de mujeres. Mujeres como yo que está hartas de hombres maricones como tú.

Andrea la miró herido, un segundo después con desdén.

–Si las mujeres os dejáis deslumbrar y suspiráis por eso, poco habéis avanzado en vuestros derechos y libertades... –ella lo interrumpió.

–Eres un mal nacido que interpreta las cosas como quiere. El libro muestra cómo el amor puede cambiar a un hombre herido por las circunstancias. Usado por una mala mujer...

–Rosseta, en el mundo real, esa historia habría acabado mal: con el protagonista entre rejas y la sumisa en una institución, o en el depósito de cadáveres. ¡Abre los ojos, joder!

–Que es una historia de amor que ha hecho suspirar a millones de mujeres por todo el mundo, cabrón.

Andrea se convenció al fin de que Rosseta nunca lo había amado. Había echado a perder su única oportunidad de que la quisieran de verdad, porque él podía ser un muerto de hambre. Un simple fontanero mal follador, pero se había sentido orgulloso de ella.

–¿Os hace suspirar que os denigren? ¿Qué os golpeen? ¿Qué os insulten? ¡No puedo creerlo!

–Me ponía a cien cuando lo leía –le respondió–. Se me empapaban las bragas solo con imaginarlo –Rosseta tomó aire–. Todo lo contrario me sucedía contigo que me dejabas siempre insatisfecha porque no tienes una

polla sino un colgajo inservible.

Andrea cerró los ojos porque no se merecía esos insultos.

–Rosseta... –fue incapaz de continuar.

–Pero no tienes cojones a comportarte como un hombre de verdad, ni cuando una mujer te lo pide porque eres un puto maricón.

La quería... todavía la quería y tenía que abrirle los ojos.

–Perdóname Rosseta por lo que voy a hacer, pero lo necesitas.

Sin que ella se lo esperara, Andrea le dio una bofetada. Rosseta se llevó la mano a la cara con sorpresa.

–¡Me has pegado, cabrón!

–¿Dónde está la diferencia en que lo haya hecho ahora o hace un momento cuando te estaba follando?

–Porque ahora no te lo he pedido, hijo de puta. –Andrea resopló asqueado al escucharla–. Me pegas cuando a mí me dé la gana. Me follas cuando a mí me de la gana. ¿Te enteras so mierda?

–Estás enferma...

–Mírate –le dijo ella que ya estaba vestida–. Eres tan falso como ese pene inservible que tienes entre las piernas. No tienes estilo ni nada. Eres zafio, grotesco. Das asco.

Los hombros de Andrea se convulsionaron, y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Ninguna mujer lo había rebajado tanto en su orgullo. Sentía ganas de zarandearla. De hacerle entrar en razón, pero no haría nada salvo contemplar su marcha.

–Eres un reprimido homosexual... –continuó.

Andrea ya no pudo mantenerse callado.

–Vete de mi casa y no vuelvas.

–Eso, llora como una maricona lo que no has sabido follar como un hombre.

–¡Vete de una maldita vez! –gritó sin control.

Rosseta lo miró sin remordimientos. Lloraba como un crío. Como el zafio y vulgar hombre que era. Se alegró de salir de su vida para siempre.

–Pero esto no va a quedar así –lo amenazó–. Pienso cobrarte muy cara la bofetada que me has dado.

Andrea pensó de pronto que era muy tarde para que anduviera sola.

–Coge las llaves del coche y déjalo en la puerta del bar de Daniele, lo recogeré por la mañana.

–No conduciría tu puto coche ni aunque mi vida pendiera de ello.

Rosseta se fue pegando un portazo.

Andrea estaba destrozado. Reducido a un guiñapo, y todo porque no la había atado a la cama ni golpeado cuando se lo había pedido. ¿Qué les pasaba a las mujeres? ¿Qué narices buscaba ella? Se había comportado con él como una perra, sin embargo, no le deseó nada malo porque cuando se quería de verdad, y durante tanto tiempo a una persona, no se le podía desear nada malo. Y a él le había enseñado su madre a ser una buena persona. Él, no iba por las calles dejando a todas las mujeres desmayadas a su paso por su elegante porte. Ni lo hacía todo a la perfección. No era el machomán que igual pilotaba un avión, un helicóptero, una moto de agua, o que pescaba, hacía parapente, o le daba a una mujer en una noche cien orgasmos seguidos. Era un hombre sencillo enamorado de una mujer que no lo merecía.

–A la puta mierda todo...

## 11

Andrea tenía el ánimo por los suelos. Justo dos horas después de marcharse Rosseta, la policía se lo llevó esposado. La mujer que él había querido con toda su alma lo había denunciado por malos tratos. Era cierto que le había dado una bofetada, pero para enseñarle algo importante, y por ello había pasado el resto de la noche y todo el día siguiente en la cárcel.

–¿Andrea Rossi?

Seguía sentado en el jergón de la celda mirando al vacío. El guardia dejó la puerta abierta.

–Soy Rita Pravo, su abogada de oficio.

No quería levantarse. Se sentía enfermo de humillación.

–Acompáñeme, por favor –le ordenó ella.

El guardia lo condujo hasta una sala vacía, Andrea imaginó que allí tendrían lugar las entrevistas entre abogados y acusados.

–Han pagado su fianza.

Ignoraba que le habían puesto una fianza y su cuantía, pero agradeció en silencio a sus amigos el detalle de haberla pagado.

–Tiene que prestar declaración –dijo la abogada.

Andrea miró al fin a la mujer que le hablaba. Era guapa de cojones, y lo miraba con censura en sus ojos de color miel.

–Me tomaron declaración anoche –confesó.

–Tenía que haber solicitado un abogado de oficio si no podía pagarse uno, y debía de estar presente en su declaración.

–Soy culpable, le pegué –admitió avergonzado.

Si su madre levantara la cabeza y lo viera detenido por pegarle a una mujer... Andrea se moría de la vergüenza.

–Tenemos que preparar su defensa –dijo ella con tono muy seco.

Hacía gestos bruscos. Evitaba mirarlo a los ojos, y él creyó entender muchas cosas.

–No desea defenderme, ¿verdad?

La mujer de unos treinta años lo miró entonces de frente.

–No, pero no puedo negarme.

–¿Por qué?

–No me gusta defender a maltratadores, va contra mis principios, pero tengo que respetar el turno de oficio, y además no deseo una mancha en mi

expediente profesional por negarme a defenderlo.

–Entiendo...

Pero no entendía. Nada más llegar a comisaria le habían tomado declaración. Él, no tuvo inconveniente en reconocer que le había pegado una bofetada a Rosseta porque era cierto.

–La cosa pinta muy mal –le dijo ella.

–Lo sé, pero lo merezco.

La abogada soltó unas fotos sobre la mesa para que él las mirara con atención. Andrea reconoció a Rosseta en ellas.

–¡Madre mía! ¿Qué le ha pasado?

La abogada entrecerró los ojos al escuchar el tono sorprendido de su voz.

–Dígame usted.

Andrea tomó las tres fotos y las miró con inusitado interés. El rostro de Rosseta estaba lleno de golpes y magulladuras. Una parte de su cara tenía unas heridas muy feas.

Se levantó de un golpe y tiró la silla al suelo.

–¿Quién es el cabrón que le ha hecho esto?

–Según la declaración de la agredida, lo tengo delante.

Por un momento, él, no supo a qué se refería. Cuando las palabras calaron en su cerebro, Andrea maldijo por lo bajo.

–Yo le pegué una bofetada.

–La declaración de su ex pareja muestra lo contrario.

Andrea colocó la silla y se sentó. Se hacía un millón de preguntas. Rosseta se había ido de su casa solamente con una bofetada en la mejilla, ¿quién entonces la había maltratado de esa forma?

–Tiene una grave acusación en su contra.

Hasta en su ignorancia, Andrea supo valorar que era así. ¿Por qué Rosseta lo había denunciado si él no tenía nada que ver con su agresión? ¿Venganza? Pero si le había dejado claro que no lo quería. Tampoco tenía dinero para sacarle. Era un muerto de hambre que no sabía ni follar duro según sus palabras.

Andrea rompió a llorar por segunda vez en su vida. No lloró ni cuando la santa de su madre sucumbió a la neumonía, pero ver lo que le habían hecho a Rosseta, lo desarmó.

La abogada estaba acostumbrada a ver a hombres que se derrumbaban tras conocerse la agresión que habían cometido, y por eso ya no la engañaban

con lágrimas que consideraba de cocodrilo.

–¿Es capaz de comprender la magnitud de la denuncia?

–Sí.

–Ahora cuénteme su versión de los hechos –le pidió ella.

–No serviría de nada, no desea creerme.

Era cierto, Rita se había hecho un esquema de lo sucedido. La mujer lo abandonaba, y él reaccionaba de forma violenta propinándole una paliza.

–No se trata de lo que yo crea sino de los atenuantes que tenemos que buscar para desarrollar un escrito de defensa aceptable y que deberemos presentar al juez.

–Solo le di una bofetada –admitió cabizbajo.

La abogada le señaló con la cabeza las fotos que estaban sobre la mesa.

–El rostro de una mujer no queda así de magullado por una sola bofetada.

–Es la verdad –aseguró.

–Me lo está poniendo muy difícil para defenderlo.

–¿Por qué va a defenderme?

–Ya se lo he dicho, por el turno de oficio.

Andrea pensaba que lo engañaba. Si una mujer lo miraba con esa repulsa condenándolo antes de conocerlo, no lo defendería solo porque le tocara en el turno de oficio. Que era un simple fontanero pero no estúpido.

–Está bien –admitió ella–. Lo hago por mi tío.

Andrea se atragantó al escucharla.

–¿Por su tío?

–Ha puesto la mano en el fuego por usted.

Ahora entendía menos. Miró a la mujer con intensidad. Era hermosa, de esas mujeres que salían en las revistas de moda y que no estaban a la altura de ningún mortal como él. No, Andrea no podía conocer a su tío porque a las claras estaba de que su abogada pertenecía a una buena familia y con dinero. En los círculos que él frecuentaba no había ninguna mujer que se le pareciera y que encima tuviera pasta.

–Cuénteme lo que ocurrió la noche pasada, y después volverán a tomarle declaración, pero en esta ocasión con su abogado presente para no causarle indefensión.

Cuando dos horas después salió a la luz del día, cuatro personas lo esperaban fuera: sus tres amigos y el hombre enfermo que él visitaba cada semana. Su sorpresa fue mayúscula.

–¡Pietro! –exclamó agobiado.

–Habíamos reunido el dinero de tu fianza –le dijo Daniele–, pero llegamos tarde.

Andrea miró a sus amigos, un segundo después al hombre mayor que le sonreía de forma tímida.

–La noticia de la detención del Macho Alfa de Capri corrió como la pólvora por toda la isla –le dijo él.

Andrea bajó los ojos afrentado.

–¡Coño! –exclamó Matteo–. ¿Cómo te ha hecho la Rosseta esto?

Andrea hizo un encogimiento de hombros. Le provocaba vergüenza que un hombre tan especial como ese hubiera pagado su fianza, y que su sobrina lo representara.

–Le pagaré sus honorarios –le dijo girándose hacia la abogada.

–Por supuesto –contestó la letrada–, pero le advierto que no soy barata.

Andrea inspiró profundamente. Menos mal que tenía cinco mil euros ahorrados para poder tirar hasta que saliera el juicio, porque presumía que ya nadie querría contacto con él. Era inocente, pero tendría que demostrarlo.

–Lo imaginaba –respondió en voz baja.

–Cuando me enteré –comenzó el hombre–, supe que usted no lo había hecho –Andrea lo miró agradecido–. Llamé a mi sobrina y le pedí que lo ayudara.

–Le devolveré el dinero de su fianza –le dijo él.

Los tres amigos miraban el intercambio de palabras entre el hombre mayor y Andrea sin comprender nada. ¿Quién era ella? ¿De qué lo conocía? ¿Por qué motivo había pagado la fianza?

–¿Tiene quien le lleve a su casa? –le pregunto la abogada.

Andrea hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–Ya le llamaré por teléfono para concretar algunas cosas.

–Bien –respondió.

–Vamos, tío –e hombre mayor comenzó a seguir a su sobrina, pero se giró de pronto hacia Andrea.

–Lo espero el jueves como cada semana.

–Allí estaré –respondió él con una sonrisa tierna.

La sobrina le abrió la puerta del auto, lo ayudo a sentarse y después cerró la puerta con suavidad. Se despidió de ellos y se introdujo en el coche. Arrancó rápida.

–¿De qué los conoces? –lo interrogó Leonardo.

Andrea se quedó pensativo durante un momento.

–Sufrió una avería en el fregadero.

Matteo le dio una palmada fuerte en la espalda.

–¿Le tapaste el agujero? ¡Qué cabrón eres! Así que te gustan mayorcitos.

–¡Joder! Siempre estás pensando en lo mismo –respondió huraño.

–Un hombre no paga una fianza de diez mil euros porque le hayas desatascado el fregadero –las palabras de Daniele lo dejaron de piedra.

–¿Diez mil?

Los tres amigos lo miraron serios.

–Podría haber sido mucho más, pero has tenido una suerte de mil demonios.

–¿Cómo le voy a pagar diez mil euros? –susurró escandalizado.

–Tapándole el agujero todas las veces que te lo pida –apuntó Matteo en su línea.

Andrea lo miró asombrado por su respuesta.

–Nuestro amigo está con la soga al cuello y tú sigues pensando en tapar agujeros –dijo Leonardo–. Anda, llévalo a su casa que no debe llevar ni un euro encima.

Los días se habían convertido en semanas. Andrea no sabía nada de la abogada aunque visitaba de forma regular a su tío. El hombre le había dicho que no se preocupara, que el juicio podría tardar meses. Rosseta se había marchado a Palermo, y él no había podido contactar con ella para pedirle una explicación por sus actos porque tenía una orden de alejamiento. Ya no se celebraba ninguna despedida de soltero, únicamente el colectivo gay seguía consumiendo minutos, y gracias a ellos podía pagar el alquiler y subsistir. Andrea veía su futuro negro. Cuando los asuntos de su vida comenzaban a enderezarse, todo se complicaba. Y culpó abiertamente a su ex pareja que se había mostrado como una mujer vengativa. Ahora la veía de la misma forma que sus amigos: vacía. Interesada y falsa. Andrea seguía presentándose en los hoteles ofreciendo sus servicios como fontanero, pero la denuncia de maltrato pesaba demasiado. Capri estaba llena de turistas, pero no era tan grande como para que los chismes no circularan a toda velocidad entre los propios vecinos, máximo cuando sus padres habían sido muy conocidos y respetados en la isla, y el escándalo de su detención era un chisme jugoso que corría de puerta en puerta.

Era viernes por la tarde y él no tenía ganas de reunirse con sus amigos, pero se lo había prometido. No debía quedarse solo en su casa bajo ningún concepto, como si ellos temieran que fuera atentar contra su propia vida. Andrea no era tan estúpido como para hacer algo así. Sentía vergüenza. Se sentía maltratado, pero no era un cobarde.

Cuando cruzó la puerta del local, Matteo silbó complacido.

–Alguno pensaba que no ibas a venir –dijo este sonriente.

–¿Acaso he faltado algún viernes?

Daniele le había puesto una cerveza delante.

–Tenemos una estupenda noticia que darte –afirmó Leonardo.

–Déjame adivinar: se ha muerto mi ex, y ya no estoy pendiente de juicio por maltrato –aventuró Andrea con ironía.

–Andrea, tienes que olvidarla –le aconsejó Daniele que se había sentado junto a él en la mesa.

–¿A que ahora te arrepientes de no haberle zurrado a manos llenas cuando te lo pidió? –la pregunta de Matteo le hizo sonreír–. ¿A que te arrepientes de no haber salido del armario?

–Visteis las fotos –les dijo–, le dieron bien y no me alegro por ello.

–La muy puta se lo merecía –apuntó Leonardo–. No he conocido a una mujer más perra.

–¿Y por qué insultas a las perras comparándolas con ella? –alegó Daniele que se terminó su tercio de un trago.

–¿Y qué noticias estupenda es esa?

Le pusieron delante un talón bancario. La suma total era de cincuenta mil euros. Andrea los miró atontado.

–El colectivo gay de toda Italia iniciaron una colecta en todas las redes sociales para ayudarte. Todos hemos colaborado en la medida que hemos podido.

Andrea no se atrevía a cogerlo.

–La empresa erótica, *Macho Alfa*, es muy conocida entre ellos y valorada.

–¡No tengo palabras! –exclamó emocionado.

–Podrás devolverle la fianza a ese señor encantador del que no quieres hablarnos, y pagar los honorarios a la guapa abogada.

Los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas.

–No lo merezco.

Leonardo le dio un calbote cariñoso.

–Serás mamón –le gritó Matteo–. Si hay un tío que se lo merece por buena gente, eres tú.

Andrea recibió un abrazo de sus amigos que lo emocionó todavía más. Estaba sumido en un pozo oscuro, pero comenzaba a ver la luz.

–Te invito a un limoncello –le dijo Daniele que no quería verlo en esa postura de alguien que se cree una mierda.

–Siempre me estás invitando –le replicó con la voz entrecortada.

Daniele lo miró de frente y le sostuvo la mirada.

–Durante meses me hiciste ganar mucho dinero gracias a tu profesionalidad en las despedidas, invitarte es lo mínimo que puedo hacer.

–¡Malditos libros eróticos! –exclamó arrepentido–. Ojalá no los hubiera tocado.

Se refería a todos los libros que había sacado de la biblioteca para leer y tratar de comprender a Rosseta.

–Malditos todos –lo corrigió Leonardo–. Porque esa literatura solo nos ha brindado la oportunidad de sacar lo podrido que hay en nuestros corazones. De mostrarnos como somos realmente: cascarones vacíos y

superficiales.

–Siempre he dicho y sostengo que las mujeres son como el planeta venus –apostilló Matteo–, calientes pero sin inteligencia.

Leonardo rió el chiste que le pareció ingenioso.

–Sigo creyendo que hay una mayoría de mujeres inteligentes que no se dejan embaucar por escritores charlatanes.

Los tres amigos lo miraron boquiabiertos.

–Eres muuu tonto. Tonto, tonto –le dijo Matteo–. Que puedes pasar parte de tu vida en la cárcel por una cabrona, y encima la defiendes.

–Estoy defendiendo a tu madre, capullo –le dijo sin contemplaciones–, y a la mía.

Matteo se quedó pensativo un momento.

–Es verdad –admitió al fin como si acabara de descubrir vida inteligente en la luna–. Nuestras madres eran santas comparadas con esta turba de descerebradas y descerebrados que nos rodean.

–A ti te da igual que sean una turba de descerebradas y descerebrados mientras te ofrezcan taparles el agujero –le espetó Leonardo.

–Es que uno no es de piedra –se excusó el otro–, y teniendo el tapón...

Andrea siguió mirando el talón como si fuera a romperse en cualquier momento. Él, había comenzado a contestar las llamadas de homosexuales porque necesitaba el dinero urgentemente, pero luego todo vino rodado. Utilizaba con ellos un lenguaje sencillo y cercano, sobre todo cuando los hacía correr por los supermercados y tocar todas las verduras y frutas que tenían al alcance de la mano. Y ahora se encontraba con el resultado de una colecta organizada por ellos, y que podía salvarle la vida.

–Y... ¿no has recibido ninguna oferta de trabajo más? –Matteo era demasiado curioso.

–Las personas son demasiado influenciables. Escuchan una noticia, y sin cerciorarse de que es cierta, toman las medidas drásticas que su condición desconfiada les impone.

–No estás siendo demasiado amable en esa apreciación.

Ni pretendía serlo. Andrea siguió bebiendo de su limoncello pero en silencio.

\*\*\*

Encontrarse al hombre fino y elegante de la última despedida de soltero, fue lo último que esperaba. Era el que le había dejado la tarjeta en el bolsillo

y se le había insinuado para que fuera a buscarlo al hotel.

Andrea, ni era tonto ni desconfiado, aunque su ex creyera lo contrario.

Matteo tenía que hacer un encargo, porque no solamente vivía de llevar turistas de un lugar a otro de la isla. En ocasiones llevaba artículos que los hoteles necesitaban. En esa ocasión, y como estaba enfermo, Andrea se encontró sustituyendo a su amigo y llevando bandejas de dulces de la mejor panadería de la capital al hotel. Aparcó el taxi en el lugar indicado para los vehículos de carga y descarga. Llevó las bandejas con sumo cuidado a las cocinas del hotel, y esperó en el vestíbulo a que le bonificaran el transporte. Esperando en el mostrador se dio de bruces con el hombre más espectacular y peligroso de cuantos había conocido.

–¡Qué sorpresa verlo por aquí!

Andrea se quedó sin capacidad de hablar o de reaccionar con naturalidad. Ese hombre lo ponía nervioso, aunque no se explicaba el motivo.

–Tenía que hacerle un favor a un amigo, y por eso estoy aquí.

El hombre de mirada intensa se acercó demasiado.

–¿No me recuerda?

–No mucho.

–Mentiroso.

–Tiene razón, lo recuerdo perfectamente.

–Estuve esperando su visita durante semanas.

Andrea pensó que podría reírse de lo cómico que parecía todo. Estaba con el agua al cuello, y el hombre hacía olas frente a él.

–Pensé que estaba de paso. –Andrea lamentó que en recepción tardaran tanto en darle la factura.

El hombre no se anduvo con rodeos.

–Quise conocerlo gracias a mí hijo.

Comenzó a ponerse nervioso.

–¿Tuve el placer de conocerlo?

El hombre río, pero sin humor. Y las rodillas de Andrea temblaron.

–Mi hijo canceló su boda después de compartir sexo con usted.

Andrea dejó de respirar. El único novio al que había hecho el amor, había sido en la primera despedida, cuando sus amigos pusieron éxtasis en el alcohol.

Se armó de valor.

–Su hijo no canceló su boda por mí –le replicó con amargura–. Míreme, soy un hombre muy básico.

El hombre entrecerró los ojos al mismo tiempo que lo examinaba de arriba abajo.

–¿Básico?

Andrea maldijo en silencio la tardanza del encargado de las cocinas.

–No tengo aspiraciones –confesó–. Soy un simple fontanero que se conforma con muy poco.

El hombre seguía observándolo como un águila que se mantiene al acecho.

–Puedo ver en usted lo que vio mi hijo.

Andrea sentía ganas de desaparecer. El futuro novio terminó como una cuba igual que él. Se habría tirado a una cabra y no se habría dado cuenta de la diferencia.

–Su hijo no vio nada, señor –cortó seco–. Fue una despedida de soltero donde el alcohol y las drogas tuvieron un papel estelar.

Pero no era del todo sincero porque el novio le había gustado de veras.

El hombre hizo algo inusual y que lo puso todavía más nervioso. Sujetó con la mano el mentón duro y lo examinó como si Andrea estuviera bajo el microscopio de un laboratorio.

–Es un diamante en bruto –dijo al fin.

Estaba más que hartó y pensando seriamente en mandarlo al cuerno, pero se contuvo.

–Me gustaría ayudarle –continuó terco.

Andrea ni se lo pensó.

–¿Y por qué piensa que necesito ayuda?

–Porque es parte de mi trabajo.

–¿Perdón...?

–Soy Estilista Freelance –él, no tenía ni puta idea de lo que era eso–, y sé reconocer un diamante en bruto cuando lo veo.

–Y yo soy fontanero –contestó envarado–, y si me perdona, deseo que me deje en paz.

El hombre no pensaba darse por vencido. Adoraba los retos, y frente a él tenía uno que no podía ignorar. Tenía más tiempo del que podía consumir. Más dinero del que podía gastar, y como se aburría pensó en hacer de ese zafiro fontanero todo un dandi.

–No voy a darme por vencido.

Andrea resopló enojado. ¿Desde cuándo los hombres homosexuales se habían vuelto tan agresivos?

–Por favor –le dijo en un tono controlado–, acepte mi amable negativa.

–Me llamó Carlo Boni y estaré varios meses en Capri.

Andrea se tomó las palabras de él como una sentencia.

–¿Y...? –preguntó con sarcasmo.

–Voy a hacer de usted un auténtico dandi, no una vulgar imitación de nadie.

–¡Me cago en la ostia!

Andrea optó por marcharse sin el recibo. Ardía de furia por los cuatro costados.

## 13

Durante las dos semanas siguientes, Andrea tuvo varios encuentros con su abogada. Ambos preparaban el juicio que se había fijado para el mes de octubre. Faltaban todavía varios meses. Su ex pareja se había reafirmado en la denuncia, y él había decidido contratar a un investigador privado con parte del dinero que habían recogido para su defensa el colectivo gay. A Andrea le provocaba curiosidad su abogada Rita. Era elegante, culta. La antítesis de las mujeres que había conocido en el pasado, pero ella solamente lo miraba como un cliente a quien defender. Seguía visitando a su tío cada semana, y sin darse cuenta comenzó a sonsacarle información sobre ella. Ahora sabía que no estaba casada. Que había terminado su carrera en Roma, y que estaba dedicada por completo a ella. Había tenido algunos novios sin importancia, pero no quería comprometerse porque no era bueno para su carrera profesional. También supo que sus padres habían muerto en un accidente de coche en suiza. Había ocurrido en el túnel viario de San Gotardo el 24 de octubre de 2001 por el choque frontal de dos camiones y que terminó en un incendio de grandes proporciones donde fallecieron 11 personas, entre ellas los padres de Elena.

En cada encuentro se hacía con respecto a ella ingente cantidad de preguntas, pero Rita solo trabajaba tratando de preparar la mejor defensa para él.

–Deje de mirarme así o me veré en la obligación de pasar su defensa a otro compañero de profesión.

Andrea bajó los ojos avergonzado porque no se había dado cuenta que la miraba de una forma descarada.

–Nunca he conocido a una mujer tan preparada.

Rita Pravo alzó los ojos de los folios que leía y lo miró con atención.

–Soy su abogada y debemos ceñirnos a la preparación de su defensa.

–Es una mujer guapa de cojones, y muy inteligente, es normal que la admire.

Ella decidió cortar de raíz cualquier ilusión que su defendido albergara hacia ella.

–He decidido aceptar su caso en deferencia a mi tío –le dijo con voz un tanto dura–. Cualquier otra pretensión por su parte que no sea la de ser únicamente defendido por mí, está fuera de toda lógica.

–¿Le parezco desagradable?

–Es el tipo de hombre en el que nunca me fijaría, puedo asegurarlo.

A Andrea no le molestó la franqueza de ella, todo lo contrario.

–Usted es el plato de nata y yo la mosca, ¿verdad?

Los ojos de ella eran fríos y con un brillo cruel en su profundidad.

–Usted lo ha dicho, no yo.

–¿Y no cree que un hombre puede cambiar y convertirse también en un plato de crema?

–¿Seguimos con su defensa? Porque tengo mucho trabajo.

Andrea reculó en su postura de tratar de impresionarla. A la vista estaba que lo consideraba igual de insignificante que su ex.

–Continuemos, por favor.

Ya no volvieron a tocar ningún tema salvo su defensa.

\*\*\*

Andrea se encontró conduciendo su Fiat hacia Grotta Azzura, una de las zonas más exclusivas de la isla de Capri. Y se preguntó qué hacía yendo a tener un encuentro con él. La culpa la tenía la frialdad de su abogada. Andrea se había empeñado en demostrarle que él también podía cambiar y ser un plato de crema como ella. Cuando en una de las conversaciones le sugirió que tenía que asistir al juicio vestido en condiciones y comportándose como correspondía en un hombre maduro y responsable, lo había picado hasta un punto increíble. Había recordado la conversación mantenida con Carlo Boni en el vestíbulo del hotel y de su ofrecimiento de hacer de él un auténtico dandi. Se había burlado de la vulgar imitación que hacía, y Andrea quería cambiar eso.

Fue mirando las fastuosas casas hasta que encontró el número que le había facilitado él en la conversación telefónica que habían mantenido el día anterior. Aparcó el coche, pero antes de apearse, las enormes verjas de hierro se abrieron de forma automática. Volvió a arrancar el vehículo y maniobró hasta situarlo en las escalinatas de entrada a la mansión. Carlo estaba de pie y sostenía en la mano derecha una copa de Martini.

La copa era casi tan grande como su cabeza.

–Llegué a pensar que no vendrías –dijo sonriéndole.

Andrea no pudo dejar de admirar el elegante y caro entorno.

–Me sigo preguntando, ¿quién es usted?

Viéndolo cómo se desenvolvía, supo que la casa le pertenecía. No era un

trabajador como había supuesto.

–Mi ex marido se negó a dejarme la exclusividad de la casa y por eso la compartimos, aunque no al mismo tiempo. Él, la tiene seis meses al año, y yo, los otros seis.

–Es una zona muy exclusiva –le dijo él–, y tremendamente cara.

El hombre sonrió con picardía.

–Nada que un ex tenista muy famoso no pueda pagar.

Pero ya no le dijo nada más, ni Andrea preguntó.

–Me dijo que podría ayudarme –le dijo parado cuatro escalones por debajo de él.

La cejas del hombre se alzaron con un interrogante.

–Es cierto. ¡Quiero ayudarle!

Andrea soltó el aire que había estado conteniendo.

–¿Cuál dijo que era su profesión? –él, le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera.

Cuando entró en la casa, Andrea silbó.

–Soy Estilista Freelance –le respondió.

–No puedo pagar eso –confesó sincero.

–Oh, pero sí que lo harás, y por favor, tutéame –le dijo de forma enigmática.

Carlo pidió a la criada que descorchara una botella de vino tinto.

–No me gusta el vino –le explicó–, solo bebo cerveza o limoncello.

Carlo se giró hacia él con los ojos entrecerrados.

–Una costumbre popular pero que debemos cambiar...

Andrea lo interrumpió.

–De verdad que no me gusta el vino.

La criada traía una bandeja con una botella de vino y dos copas de cristal enormes.

–Un auténtico dandi bebe vino.

Andrea abrió la boca, pero la cerró un segundo después. Había ido a la casa por propia voluntad, porque él le había dicho que podía transformar al patito feo en un hermoso cisne, y le había creído. Necesitaba creerlo porque estaba dispuesto a demostrarle a una abogada finolis que él podía ser un hombre a tener en cuenta.

–Siéntate, por favor.

Él, obedeció enseguida. El interior de la casa cortaba la respiración.

–¿Por qué un hombre de su posición decide entretenerse con hombres de

baja posición como yo?

Carlo pensó que esa forma franca de decir los pensamientos se debía corregir.

–Porque me aburro soberanamente –le explicó–. Antes de casarme trabajé para una revista de moda neoyorquina, y fue en la ciudad de Nueva York donde conocí al padre de Julio.

–¿Julio? –la mujer chasqueó la lengua con fastidio palpable.

–Sí, el novio que te tiraste justo una semana antes de que pasara por el altar –Andrea tuvo el atino de mostrarse avergonzado–. Pero tranquilo que no te culpo –le dijo–. Durante más de un año luche a contracorriente para que mi hijo desistiera de su empeño de casarse con un crápula que no le convenía sin lograrlo, y tú con un solo polvo la convenciste.

–Bebimos mucho –admitió–. Aunque no me escudo en ello ni le resto la seriedad que tiene.

–Sé que un amigo suyo hizo algo con pastillas en las bebidas.

Andrea suspiró aliviado.

–Fue el responsable de la locura que nos poseyó.

–¿Te pareció guapo? –supo que se refería a su hijo.

–Delicadamente encantador –respondió.

–Me alegra saber eso.

–¿Es adoptado? –Andrea se refería a Julio.

–Gestación subrogada –contestó el otro.

Andrea no sabía qué era eso, pero mantuvo silencio.

–Me alegro de que se fijará en mí a pesar de lo zafio que parezco.

–Algo que vamos a cambiar, y hoy vas a recibir tu primera lección importante: el vino.

–No me gusta el vino. Solo bebo cerveza y limoncello –reiteró.

–Auguro que terminará gustándote.

El pitorreo que tuvo que soportar de sus colegas el viernes por la noche cuando supieron que quería transformar al vulgar fontanero en un dandi, todavía le producía picores. Matteo seguía descojonándose a su costa. Eran las ocho y media, y había quedado con Carlo en su casa a las nueve y media para recibir la segunda lección de muchas otras que vendrían. Cuando Andrea recordó el erótico y sensual consejo que le había dado sobre el vino, se ruborizó. ¿Cómo podía una bebida que él consideraba insulsa ser capaz de calentar el ambiente entre dos hombres hasta convertirlos a los dos en lava ardiente?

–¿Cómo se llama? –quiso saber Leonardo.

Su amigo tenía el rostro embobado.

–Carlo Boni –respondió.

–Me refiero a la que te hace tilín –insistió Leonardo.

Andrea no le respondió porque no quería que supieran cuánto le gustaba la abogada.

–¿No había un tenista suizo que se apellidaba así, Boni? –Daniele hizo memoria–. Han Boni –logró recordar.

–Es su ex marido –apuntó Andrea en voz baja–. Se casaron en Nueva York y tuvieron a su hijo por gestación subrogada –les contestó.

–Desde luego que meas alto –contestó Matteo.

–No estoy interesado en Carlo –respondió serio.

Los tres amigos lo miraron con insolencia.

–Cago en to que le hace tilín la picapleitos –Andrea se dijo que un día iba a cerrarle la boca a Matteo de un sopapo.

–Me ha dicho que tengo potencial –los tres amigos dirigieron la vista a su entrepierna–. ¡Joder! Qué fijación tenéis con mi polla.

–Eso no es una polla, sino un instrumento de tortura –dijo Leonardo mientras se metía en la boca un puñado de quicos–, y llevo toda la vida esperando que me tortures.

–No te lo crees ni muerto, aunque estoy decidido a darle el uso que se merece.

Andrea no se esperó el aluvión de aplausos de sus amigos. Enrojeció hasta las pelotas.

–De verdad que hoy estáis imposibles –se terminó la cerveza de un

trago.

–Toda la vida diciéndote las virguerías que podrías hacer con semejante pollón, y tú haciéndole rezar el padre nuestro.

–Tampoco os paséis –les dijo ofendido–. Que de santo no tengo ni el nombre.

–Vamos a ver –lo instigó Matteo–. ¿A cuántas chorbas y chorbos les has tapado el agujero? –Andrea se negó a responder.

La pregunta era insidiosa. Pocos hombres llevarían la cuenta de los encuentros amorosos esporádicos que lograban.

–Tengo una cita con un hombre excitante de cojones en Azurra, así que si me disculpáis...

Los dejó con la boca abierta, y sonrió porque para él era algo nuevo tener la última palabra. siguió de buen humor durante el recorrido hacia la zona exclusiva. Y se preguntó si la lección de esa noche sería tan excitante como la del vino.

\*\*\*

Carlo había puesto en el jardín decenas de velas que lograban un ambiente íntimo y sofisticado. La bonita mesa de cerámica estaba adornada con mucho estilo. Había una champanera preparada, dos copas y un cuenco de plata tapado.

–Del atuendo hablaremos pronto.

La mirada del hombre se paseó por el traje azul oscuro y la camisa negra. Miró el pañuelo amarillo haciendo al mismo tiempo un gesto de desagrado.

–Me sienta bien –afirmó él.

Carlo se llevó la mano a la barbilla en plan pensativo.

–Es una ropa que sentaría bien a un mafioso siciliano, pero no a un hombre de tu estatura y corpulencia.

Andrea sonrió porque la primera vez que él había visto el traje había pensado lo mismo.

–La lección de hoy versará sobre una higiene adecuada.

Andrea no pudo evitar inclinarse para olerse los sobacos. Carlo rió al ver su gesto.

–Todos hacéis el mismo gesto cuando alguien menciona el aseo personal.

–No huelo mal –se defendió.

Él, lo invitó a sentarse. Así lo hizo.

–Por favor, Andrea, ¿descorcharías el champán?

Iba a decirle que no le gustaba, pero no fue necesario porque interpretó correctamente la mirada del otro.

–Nos gustan los hombres que se duchan a diario y que no abusan del desodorante o de la colonia –Andrea escuchaba atentamente mientras descorchaba la botella–. Algunos incluso prefieren que los hombres huelan a ellos mismos.

–¿Tan importante es oler bien, incluso a uno mismo?

–A mí personalmente me resulta excitante.

El tapón salió despedido y el líquido de la botella también. Carlo mojó sus dedos y los pasó por detrás de sus orejas en un gesto muy sensual, después los lamió.

–Una cosecha excelente.

Cerró los ojos porque los gestos lo estaban poniendo duro como una piedra, y no podía olvidar que era el padre del novio a quien le había hecho el amor como un loco una noche más loca todavía.

Si Andrea había estado enamorado de Rosseta y ahora quería ligarse a la abogada, ¿por qué demonios lo excitaba el padre de Julio? Pero ese hombre lograba ponerlo a cien. Y pensó en marcharse, aunque no lo hizo.

–Algo que valoramos mucho es que los hombres se laven las manos después de ir al baño.

Los ojos se le abrieron como platos.

–Entiendo...

–Ni te imaginas lo desagradable que resulta algunos olores personales en una reunión formal. O el de un compañero de mesa que de repente nos pasa el panecillo de pan en un intento de ser cortés.

–Lo tendré siempre en cuenta.

–Debajo de las uñas. Los pelos de la nariz.. todo eso hay que cuidarlo con esmero para ser un auténtico dandi.

Andrea fue sirviendo el champán en las copas. La mano de Carlo impidió que siguiera vertiendo el dorado líquido.

–Justo hasta la mitad de la copa –él, hizo un interrogante con los hombros bastante elocuente–. Es importante que no se caliente en la mano –miró la botella con interés–. Para eso está la champanera, para mantenerlo frío.

–No sé si me gustará...

–El champán es una de las bebidas más distinguidas de todo el mundo, y el que prefieren los hombres como nosotros.

–¿Los hombres como nosotros? –Repitió entrecerrando los ojos.

Carlo sonrió de forma pícaro. Andrea expiraba por cada poro de su piel su condición sexual, salvo que esa evidencia trataba de enterrarla en lo profundo de su sique. Él se había propuesto sacarla a la luz.

Los dos tomaron un sorbo de champán. Las burbujas le cosquillearon a él en el cielo de la boca.

–Está bueno –admitió mirando el burbujeante líquido.

–Ahora que he captado tu atención sobre la bebida más erótica, vamos a hablar sobre el atuendo... –él hizo un gesto afirmativo–. Tienes que llevar ropa que te favorezca.

–Un hombre simple viste ropa simple –respondió.

Carlo sonrió mientras bebía el resto de su champán y le tendía la copa para que le pusiera más.

–Nunca debes permitir que la copa se quede vacía.

Andrea cerró los ojos y sonrió comprendiendo.

–Podría emborracharte.

–Difícilmente –respondió enigmático–, continuemos. Debes usar colores sólidos y simples como los blancos, grises y marrones. El negro se deja para excepciones y nunca se debe vestir completamente de negro –Carlo hizo una pausa corta antes de continuar–. Un dandi jamás llevaría camisetas con gráficos, pantalones cortos o relojes obscenamente grandes.

–Yo no llevo reloj –afirmó divertido.

–Es muy importante sujetar los pantalones con un cinturón para demostrar que realmente piensas mucho en tu apariencia, y que jamás mostrarías la hucha de tu trasero a cualquier despistado en una reunión social.

Andrea terminó por soltar una carcajada. Precisamente los de su profesión eran expertos en no llevar cinturones y enseñar la mencionada hucha.

–Un buen traje nunca debería hacerte parecer más desaliñado, por eso, la próxima vez que decidas comprarte uno, asegúrate de llevarme contigo.

Andrea llenó de nuevo las copas justo hasta la mitad, y le hizo un gesto atento.

–Debes aprender a vestir la ropa apropiada para cada ocasión, ropa casual, de negocios para el trabajo, o formal para un evento importante, pero recuerda siempre esta premisa: es mejor estar demasiado elegante que mal

vestido.

–Interesante –contestó Andrea que no perdía detalle de todo lo que le decía Carlo.

–Cuando des un apretón de manos, que sea firme. –Andrea pensó que en ese sentido era todo un dandi–. Y en público se evitan todo vocabulario soez.

–¿Nada de joder, cabrón, etc.?

Carlo entrecerró los ojos mirando el rostro de Andrea.

–Un verdadero dandi es respetuoso con todas las personas de su entorno, especialmente con los hombres a los que les gustaría llevarse a la cama. Debes ser amable y discreto con todos –le recalcó–, aunque pienses que tienes una oportunidad única.

–¿Y esos consejos sirven también para las mujeres? Porque de eso se trata, ¿verdad? De enamorarlas.

Los ojos de Carlo le mostraron un brillo enigmático.

Carlo lo miraba con semblante serio, valorando realmente lo que le estaba diciendo.

–Muchos hombres a los que traté de educar se marcharon justo cuando mencioné este punto.

–Yo no soy la mayoría de los hombres –contestó él.

–Lo he sabido desde el mismo día que te conocí.

–Recuerdo que me dijiste que soy un diamante en bruto.

–Ahora ya no tan bruto.

–¿Continuamos? –le preguntó Andrea.

–Recuerda, la autoconciencia es parte clave para ser un verdadero dandi. Siempre debes tener una idea de cómo te perciben los demás, y de si tus acciones pueden considerarse ofensivas.

Andrea meditó de forma concienzuda en esas palabras que lo resumía todo. Si era consciente de sus acciones, nunca cometería un fallo.

–Es el mejor consejo que me han dado nunca –admitió complacido y relajado–. Más –pidió como si fuera un ordenador que se alimenta con datos.

Carlo hizo un gesto negativo.

–Ahora vamos a disfrutar de una buena cena, y te lo advierto –le dijo en plan amenazante–, nada de ruidos extraños o terminarás de cabeza en la piscina...

## 15

Cuando Andrea llegó a casa de Pietro su ánimo estaba pletórico, aunque se desinfló hasta mínimos cuando contempló con sorpresa que en la casa del tío de su abogada debían estar todos los hombres de la isla. La larga mesa del comedor estaba llena de pastas, de limoncello y él pensó seriamente en marcharse. Ignoraba que lo conocían de oídas y que estaban ansiosos por hablar con él y acribillarlo a preguntas.

–No sabía que esta tarde estaría ocupado, Pietro.

El hombre le sonrió.

–Han venido a conocerte.

Andrea dio un paso hacia atrás escandalizado. Tras abandonarlo Rosseta, había iniciado un vida de la que se arrepentía, y por eso quería finalizarla. Quería que los hombres vieran al fontanero profesional que podría solventar cualquier reparación en sus casas, y no un maricón al que llevarse a la cama.

–Pasa, siéntate.

Él, lo hizo como un autómata. Le ofrecieron una copa de limoncello que rechazó, aunque aceptó la coca cola que le puso Pietro en la mano.

Los hombres estaban sentados alrededor de la mesa y lo miraban con interés. Todos debían tener más o menos la misma edad de su anfitrión, y por la calidad de sus trajes, debían de ser hombres pudientes y dueños de la mayoría de tierras de la isla.

–Algunos de nosotros hemos leído los mismos libros eróticos que usted.

No hizo falta que preguntara a qué libros se referían porque lo sabía.

–No quiero hablar sobre ello –se disculpó mientras tomaba asiento en la cabecera de la mesa.

–Su fama recorre cada rincón de la isla.

Él, lo imaginaba.

–Como en casi el resto del mundo –admitió refiriéndose a la lectura–. Son libros muy conocidos.

Pietro se dio cuenta que había equivocado la apreciación de él.

–Me refería a usted, señor Rossi.

Andrea tuvo que dejar la coca cola en la mesa.

–Esa supuesta fama fue ganada por aprovechar una oportunidad cuando más lo necesitaba –les explicó–, pero se acabó.

–¿Le gustaba que otros pensaran que era usted homosexual? –preguntó uno de los hombres.

Andrea apenas podía mirarlo a los ojos.

–No.

–¿Y por qué actuaba como si lo fuera?

–Siempre he sido Rossi el fontanero –contestó con un encogimiento de hombros bastante elocuente–. Los hombres son los que se creen sus propias fantasías en las que yo no tengo nada que ver.

–Hemos tratado de analizar su fenómeno, señor Rossi –Andrea carraspeó bastante incómodo–, y hemos llegado a unas conclusiones muy interesantes.

A él le daba miedo esas conclusiones.

–¿Y por qué analizaron mi fenómeno según dice? –preguntó interesado.

–Todos pertenecemos a la asociación Rompiendo Cadenas. –Él no conocía esa asociación–. Es una asociación pro ayuda psicológica para homosexuales. También para maltratados.

Andrea supo que pisaba terreno peligroso.

–Siempre he estado en contra del maltrato, a pesar de la denuncia que pesa sobre mí.

–Estoy convencido de ello, Andrea–el apoyo de Pietro lo emocionó.

Uno de los hombres comenzó a monopolizar la conversación.

–La asociación lleva mucho tiempo defendiendo los derechos más básicos, y en estos meses creemos que hemos dados muchos pasos hacia atrás. Hemos perdido un terreno muy difícil de recuperar de nuevo.

Andrea se bebió casi de un trago la totalidad de la coca cola.

–Por eso queríamos saber su opinión como gay sobre este asunto –lo animó Pietro.

Andrea supo que todos conocían que su ex pareja lo había abandonado por considerarlo maricón.

–No soy homosexual –respondió al fin sincero–. Aunque he tenido mis encuentros con hombres –admitió porque no tenía lógica negarlo.

–¿Disfrutó de esos encuentros?

Pietro lo miraba muy atento.

–Puedo entender que para muchos hombres sea una vía de escape a una rutina social, laboral y familiar muchas veces escasa de fantasía.

–No estoy de acuerdo –dijo otro–. No todas los hombres buscan una vía de escape a su vida aburrida.

–Quizás sea la combinación de seriedad y masculinidad tan atractiva que encuentran los hombres en otros hombres –apuntó otro.

Andrea escuchaba con atención.

–¿Hombres que reprimen su verdadera naturaleza? –tercio el hombre que llevaba la voz cantante.

–Pienso que un hombre indeciso pueda sentirse seducido y a la vez sexy, algo especialmente gratificante para quienes puedan estar sexualmente frustrados en sus propias vidas –continuó diciendo el hombre.

Él, decidió intervenir.

–Los hombres se sienten frustrados sexualmente cuando las mujeres a las que creen amar no los acompañan en sus fantasías –apuntó.

Andrea recordaba perfectamente las frustraciones sexuales que había sufrido con Rosseta, y se dio perfecta cuenta de que el problema no estaba en ella sino en él.

La revelación lo zarandó como si se tratara de un huracán. Con el hijo de Carlo se había mostrado desinhibido. Fuerte, como si controlara su sexualidad. Todo lo contrario le había sucedido con Rosseta. Los encuentros sexuales entre ambos habían sido sosos, insulsos, sin chispa...

–Pero entonces estaríamos hablando de seres reprimidos –aclaró otro.

–¿Y quien tiene la culpa de la represión que sufren muchos de esos hombres que se sienten atraídos por los de su mismo género? –preguntó Andrea.

–Es culpa de la sociedad patriarcal –dijo un hombre que había estado callado la mayor parte del tiempo.

Andrea observó con atención al hombre que hablaba como un profesional y que llevaba la voz cantante. Hablaba como si supiera del tema.

–Mi apellido es Scabbia, y soy psicólogo.

Ahora todo le encajaba.

–A la vista está de que no salimos del armario por el temor que nos produce el rechazo en nuestra vida –apuntó otro.

En la estancia se hizo un silencio aunque duró poco.

Andrea comenzaba a sentirse incómodo. Estaban en medio de una reunión de hombres homosexuales con sentimientos encontrados y reprimidos que no importaban a nadie.

Hasta hace algún tiempo, a él tampoco.

–Por eso nuestro análisis para comprender si los modelos de parejas actuales perjudican o liberan –explicó el psicólogo.

–Es curioso el interés desmesurado del capitalismo en fomentar la liberación de la homosexualidad –apuntó Pietro pensativo–: la feminización de los hombres y la masculinización de las mujeres, ¿no os parece paradójico cuando luego se les condena?

Andrea respiró profundamente antes de hablar.

–Si esos libros eróticos sobre el sometimiento a las mujeres los hubiera escrito un homosexual –calló un momento para que sus palabras impactaran más–, ¿qué habría sucedido?

–Pues que no quedaría grano de arena en el desierto que no hubiera sido removido hasta eliminar por completo semejante acción abominable.

Ahí estaba el quid que explicaba la cuestión.

–Pero como no están escritos por homosexuales... –Andrea dejó la frase sin concluir.

–Es injusta esa doble vara de medir –admitió Pietro–. Muy injusto para nosotros.

Andrea lo miró franco.

–Basándome en ese tipo de literatura, las mujeres desean que seamos tipos duros –calló un momento–. Esa es la parte que más me duele porque uno se ha pasado toda la vida tratando de ser igualitario, de compartir las labores domésticas y enterrar los prejuicios machistas. Y ahora resulta que la fantasía sexual más extendida entre las mujeres es que venga un tipo, las sacuda, las amarre a la cama, las azote con un látigo y las quemé con la cera de velas ardientes. –El resto de las mujeres mantenían silencio–. De verdad que no las entiendo. No puedo entenderlas...

–Me temo que entre los hombres sucede la misma premisa.

Y durante la siguiente hora siguieron debatiendo los pros y los contras de un tipo de literatura que retrocedía los derechos de las personas a la edad de piedra.

## 16

El sábado a mediodía, Andrea debía asistir a un almuerzo en la lujosa casa de Carlo. Le decía que era la prueba de fuego para comprobar si sus consejos daban sus frutos.

Las enormes puertas metálicas estaban abiertas y en el jardín delantero había coches de todas las marcas, y entre ellos el más barato era un Mercedes clase E. Aparcó su Fiat en el único hueco que quedaba, y como siempre, dejó las llaves puestas. Rodeados por todos esos coches de ensueño, ¿quién se iba a preocupar por un auto amarillo y más viejo que el mear?

Andrea se ajustó el pañuelo blanco alrededor del cuello. Aceptando el sabio consejo de Carlo, se había comprado algo de ropa, aunque no en la exclusiva tienda que le había recomendado sino en otra mucho más acorde con su bolsillo. Ahora disponía de un colchón económico gracias a la ayuda desinteresada del colectivo gay, pero él no olvidaba los meses y semanas de penurias por culpa de la crisis. Llevaba ropa de buena calidad pero no ostentosa, y se había negado a comprarse un traje. Recordó el negro en su reciente vida pasada, y lo recorrió un escalofrío.

Se pasó las palmas de las manos por el cabello recién lavado y seco, y se colocó el sombrero de paja-toquilla del que se había encaprichado nada más verlo. Vestía pantalón de lino crudo y camisa también de lino pero de color blanco. Sin olvidar el consejo de Carlo, llevaba los pantalones sujetos a la cintura por un elegante cinturón de piel, aunque como había decidido llevar la camisa por fuera, no se veía. Llevaba en los pies unas sandalias muy cómodas también de piel que hacían juego con su atuendo. Era una vestimenta informal y para días de verano, sin embargo, el mes de mayo estaba siendo muy soleado en la isla.

No había subido ni el primer escalón cuando Carlo salió a su encuentro. Lo observó con atención antes de obsequiarle una sonrisa, era la señal inequívoca de que aprobaba su elección. Él, no se sentía todavía seguro de llevar un traje, aunque pensaba esforzarse al máximo para conseguirlo.

–Estás muy guapo –se notaba lo orgulloso que se sentía de su obra.

–¿Ya no parezco un mequetrefe? –preguntó con humor.

–Nunca has sido un mequetrefe –respondió él.

En los siguientes minutos, Andrea se encontró estrechando la mano de cada uno de los hombres que amablemente le presentaba, y cuando sus ojos

recorrieron el bonito salón, se llevó una sorpresa. Muchos de los que habían estado en casa de Pietro aquella tarde, se encontraban presentes, y la mayoría con sus parejas. Mirarlos le hizo sentir extrañamente bien pues eran hombres normales, algunos con calvicie, otros con sobrepeso. Unos más altos, otros más bajos, pero sus parejas los miraban como si fuesen para ellos sus estrellas fulgurantes.

Andrea quería en su vida algo así. Que lo mirara como si fuera el hombre de su vida, y se preguntó, ¿quién quería que lo mirara así, un hombre o una mujer?

–¿Sorprendido? –preguntó de pronto el psicólogo.

–¿Os conocíais? –inquirió Carlo.

–Por Pietro Cheli, le hizo una reparación en su casa.

Con esa respuesta Andrea intuyó que Pietro no vivía lejos de Capri.

–¿Cómo se encuentra? Hace mucho tiempo que no sé nada de él.

Dejó de escuchar al anfitrión para centrarse en los invitados. En sus posturas elegantes. En la forma de sostener la copa de champán. Otros bebían un cóctel. Todos vestían impecables y con ropas que él no podría pagar ni con un año de sueldo.

Se descorazonó. Él, no encajaba en ese ambiente de millonarios. Seguía siendo la mosca en el plato de crema, por ese motivo durante la comida se mantuvo taciturno. Con la mirada perdida aunque respondiendo cortésmente las preguntas que le hacían de tanto en tanto. Cuando terminó la comida y salieron al jardín, el alivio lo embargó por completo.

–¡Vaya, que no pareces el mismo!

Andrea se giró hacia el hombre que le hablaba, y al ver de quién se trataba, se le trabó la lengua.

–¡Tú!

Era el novio a quien le había hecho el amor en su despedida de soltero. Andrea desvió los ojos porque no podía sostenerle la mirada de lo tonto que se sentía.

–Estás muy cambiado –se mostró confuso y avergonzado–. Me llamo Julio.

Soltó el aire de golpe.

–Lo sé, y lamento haber bebido tanto aquella vez, lo siento –se disculpó de corazón.

Y era sincero. Si de algo se arrepentía de sus acciones pasadas, hacerle el amor a un desconocido era lo más lamentable. ¡Pero qué guapo era!

–Yo no –admitió sincero–. Gracias a ti tomé una decisión apropiada.

–No merezco esas gracias.

–Bueno –le dijo él–, si te sirve de consuelo, no recuerdo muy bien el asunto entre nosotros.

Andrea le puso en la mano una copa de champán.

–No me gusta el champán, prefiero la cerveza.

Sus palabras lo sorprendieron porque teniendo un padre como Carlo no entendía que no apreciara algo tan exquisito como el champán.

–¿Tú no prefieres una cerveza bien fría? –le preguntó a bocajarro.

La boca se le hacía agua pensando en tomar una.

–¿Vives aquí? –se atrevió a preguntarle.

Él, hizo un gesto negativo.

–Vivo habitualmente en Génova –le dijo–. Trabajo en una galería de arte.

–¿Qué profesión es esa? –al momento se arrepintió de su pregunta.

–¡Julio, hijo, has venido por fin! –la voz de Carlo sonó alegre tras él–. ¿Cuánto tiempo te quedarás esta vez?

A Carlo lo acompañaba una mujer que no le quitaba la vista de encima.

Durante la siguiente hora, Andrea controló el tono de voz. Sus gestos fueron lentos y cuidadosos. Se esforzó por sonreír con naturalidad cuando algo no entendía o lo incomodaba. No habló demasiado sobre sí mismo, y no porque se lo hubiera aconsejado Carlo, sino porque le pareció mucho más interesante escuchar lo que decían los demás sobre sí mismos.

Andrea no se daba cuenta, pero el hecho de que no compartiera información sobre su vida privada o su persona, lo hacía parecer mucho más misterioso, cosa que los hombres allí reunidos consideraban muy atrayente. Pudo hablar sin reservas sobre música. Hizo algunas aportaciones sobre deportes y políticas. Andrea se escabulló con elegancia cuando surgieron temas polémicos. Cuando no quería participar y le preguntaban, hacía un ligero encogimiento de hombros. Se mostró neutral en temas como la eutanasia, el aborto, si bien decidió batirse en retirada cuando la conversación se centró sobre los excesos que protagonizaban turistas extranjeros en Capri, sobre todo ingleses, y que tan mala fama daban a la isla.

Julio se nombró su acompañante cuando observó la incomodidad que sentía él. Lo tomó del brazo y lo dirigió hacia el jardín posterior de la mansión.

–Te debo una –le dijo soltando un suspiro.

–Es un placer rescatar a un hombre tan atractivo.

Andrea paró sus pasos de golpe. En el jardín estaba la piscina. Un cenador muy romántico y un pequeño huerto.

–Me pones nervioso –admitió en voz baja.

Una criada paseó una bandeja con bebidas, por si algunos de los invitados que habían decidido conversar en el jardín trasero como ellos, sentían la necesidad de beber algo fresco.

–Y me encanta saber que te provooco ese efecto.

–No juegues conmigo, Julio –le pidió él que estaba desbordado.

Debería sentirse incómodo por estar en una fiesta de homosexuales. De que el novio al que se había tirado en su despedida estuviera agasajándolo. Andrea no sabía qué pensar, y le disgustaba que lo atrajera tanto.

–Estás muy tenso.

–Pensaba que esto iba a ser más fácil.

Él, lo miró serio un momento. Le había dicho que no recordaba muy bien el momento en el que lo incitó a que le hiciera al amor, pero sí lo recordaba.

–Te resulta difícil porque no te permites ser tú mismo.

Andrea enderezó los hombros.

–Mis amigos llevan años diciéndome lo mismo.

–Un hetero jamás me habría hecho el amor –confesó serio.

–No hicimos el amor solo follamos –le recordó Andrea.

Julio entrecerró los ojos.

–Has cambiado el horrible traje azul por ropas más apropiadas y acordes a tu propio estilo, pero sigues comportándote como si interpretaras un guión aprendido de memoria. Como el niño que desea todo padre heterosexual.

Andrea se dijo que en parte era cierto. Se mezclaba con esa gente tan diferente porque quería demostrarle a su abogada que él también podía ser un hombre valioso a sus ojos, pero hacía varios meses que no pensaba en sexo con mujeres... y eso le aterraba.

–No soy homosexual.

Julio lo miró serio durante un momento.

–Sé distinguir el bueno sexo, y contigo tuve el mejor.

Andrea carraspeó porque se sentía incómodo.

–Cántame una canción –le pidió Julio para restar tensión al ambiente.

–No estoy loco –Andrea sonrió–. Tengo una voz horrible.

Seguía riéndose por la sugerencia tan estúpida. ¿Cantar? Él solo cantaba

en la ducha.

–El seductor Macho Alfa que conocí aquella noche loca, me cantaría una canción si se lo pidiera.

Andrea cerró los ojos. Cuando él le recordaba esos tiempos pasados, sentía una vergüenza abrumadora y una excitación atroz.

–Actué bajo los efectos de las drogas que tus amigos le pusieron a mi bebida.

–El hombre que me folló salvajemente no actuaba –lo contradijo él–. Y puedo verlo escondido aquí dentro.

Con un dedo le señaló el pecho.

–Mi ex me decía a menudo que no sabía follar, y me llamaba maricón.

Julio percibió que Andrea comenzaba a relajar los hombros.

–Es inútil que neguemos o tratamos de esconder nuestra verdadera naturaleza porque tarde o temprano sale a la luz.

Si algunos invitados escuchaban la conversación tan explícita e íntima que mantenían ambos, no se dieron por aludidos.

–No te comprendo –contestó.

–Sí, lo haces, salvo que te lo niegas a ti mismo –Andrea se sentía completamente acorralado–. Yo jamás me habría fijado en un hetero...

Andrea bajó los ojos al suelo.

–Me siento superado.

–Que pretendas comportarte como algo que no sientes realmente, sería una verdadera desgracia.

Andrea asintió cabizbajo.

–Cierto...

–Entonces no te engañes más y acéptate tal y como eres.

–Ni te imaginas lo bien que me está sentando esta conversación – confesó Andrea.

–Libérate, señor Macho Alfa, atrévete a hacer algo diferente.

–Diferente, ¿cómo qué?

–Cántame algo que te defina de verdad.

Andrea pensó muy bien lo que él trataba de decirle. Era un joven que no debía pasar de los veinticinco, y sin embargo le hablaba con una madurez como no había encontrado en nadie.

–Hay una canción que me gusta especialmente –le dijo–, espera que la recuerde –Julio lo miró con atención–. *My way* de Frank Sinatra. Conozco el estribillo.

–Pues anda... –lo animó él.

Andrea dudó un instante.

–Eres muy pesado –respondió él.

–Venga, mi canción.

–“*Tal vez lloré, tal vez reí, tal vez gané o tal vez perdí, y ahora sé que fui feliz, que si lloré también amé, y todo fue como puedo decir... a mi manera*”.

Tras superar la vergüenza inicial, el resto de la velada transcurrió de forma tranquila y sin incidentes.

\*\*\*

Julio tenía una semana de vacaciones, y la mayor parte de ella la pasó en compañía de Andrea. Era un hombre encantador. Atento, simpático, y con un punto de mala leche que le encantaba. Visitaron la totalidad de la isla. Andrea lo llevó al restaurante más pequeño, pero donde servían el mejor plato de pescado de la isla. Durante esos días olvidó el juicio pendiente. Y la convivencia con Rosseta se fue diluyendo en su memoria a pasos agigantados. Pensaba en ella, sí, pero no como pareja, sino como una mujer vengativa y llena de complejos que había volcado en él la inseguridad e insatisfacción que sentía sobre su vida.

Andrea no dejó de reunirse con sus amigos ni de visitar a Pietro, aunque le alegraba enormemente que no hubiera organizado otra reunión psicológica en su casa. Tenía ganas de reunirse con su abogada para ver su cara de asombro al contemplar el espectacular cambio que se había operado en él.

Como la pequeña pero creciente empresa de telefonía erótica seguía viento en popa. Andrea optó por alquilar un pequeño local en Marina Grande desde donde manejaba el papeleo del negocio. Había contratado, aunque sin sueldo, a tres hombres con voces muy sexis para que respondieran la demanda de conversación subida de tono. Sus empleados obtenían beneficios dependiendo del tiempo de duración de las llamadas, y algunas eran muy largas.

La empresa fue registrada legalmente como *Macho Alfa Tele Operador*.

Esperaba en una cafetería del centro la llegada de su abogada, que tenía que concretar con él algunos detalles importantes tras una nueva información que le había hecho llegar el detective al que había contratado tiempo atrás. El lugar escogido por él era una elegante cafetería que a esa hora de la tarde apenas tenía clientes.

La vio llegar y Andrea soltó un suspiro porque era muy guapa pero no le provocaba absolutamente nada.

–Me hubiese gustado tener el encuentro en otro lugar.

Andrea no se molestó por la ausencia de saludo. Tampoco por la crítica por el lugar escogido. Se levantó como un caballero y le apartó la silla.

–¿Un café? –le preguntó.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Andrea se dirigió a la barra y pidió dos cafés. Se sentó frente a ella con gesto sereno.

–No habrá juicio –le soltó de pronto.

Andrea enmudeció.

–¿Por qué?

–La policía ha logrado arrestar al hombre que golpeó a su ex –seguía sin poder decir palabra–, porque lo ha hecho de nuevo.

–¿Cómo...? –fue incapaz de continuar.

La abogada sacó un par de fotos de su cartera de piel y se las mostró. Rosseta había sido golpeada de nuevo.

–El detective que contrató me hizo llegar una información.

Andrea no entendía.

–¿Por qué no me la hizo llegar a mí?

El teléfono de la abogada comenzó a sonar. Ella miró la pantalla y lo apagó.

–Creyó conveniente hacérsela llegar a la persona que lo defendía.

–Pero soy yo el que paga sus servicios.

La mujer suspiró suavemente y el teléfono volvió a sonar. Optó por responder la llamada.

–Ahora no puedo atenderte... –Andrea la observó–. Te he dicho que no puedo... –ocurrió un silencio–. Sí, aquí en el centro, en el café Trento –ella calló un momento–. Que te he dicho que no...

Colgó al fin.

–¿Todo bien? –se interesó él.

–La nueva agresión ha tenido lugar en Sorrento.

–¿Quién?

–Un hombre de origen eslavo –Andrea entrecerró los ojos–. Es su actual pareja... –la abogada soltó la información observando con cautela la reacción de él–. Es la cuarta vez que la agrade.

–¿Desde cuándo está con él? –se atrevió a preguntar.

–Según la información de su investigador, desde hace poco menos de un año.

Andrea pensó que era el mismo tiempo que había transcurrido desde que lo abandonara. Había saltado de una cama a otra sin perder el tiempo.

–¿Por qué me denunciaría a mí?

La mujer se mantuvo en silencio durante unos momentos.

–Estas cosas suceden.

–Yo nunca le había puesto la mano encima.

Ella no se mostró avergonzada por haber pensado que era culpable de malos tratos. Y Andrea se percató que su abogada no daba muestras del cambio que se había operado en él. Seguía sin existir a sus ojos. Sintió deseos de reír de lo absurdo que se sentía, y de repente descubrió que no le importaba en absoluto.

–Aquí tengo el informe del detective.

Sacó una carpeta de su cartera y se la tendió. Andrea la cogió sin dejar de mirarla.

El teléfono móvil de ella volvió a sonar y la abogada contestó la llamada. Andrea se percató que se mostraba visiblemente nerviosa. Giró el rostro hacia la puerta, y él hizo lo mismo. Al establecimiento acababa de entrar un hombre bien vestido y que hablaba por un móvil muy caro.

–Discúlpeme –la abogada se levantó rápida y caminó directamente hacia el hombre que la tomó del brazo con brusquedad y la sacó fuera de la cafetería.

Andrea se encontró en un dilema. Desde las amplias ventanas podía observarlos con claridad. Ella le había puesto la mano en el pecho y él la sujetaba por la cintura de una forma muy posesiva. Entendió que el nerviosismo de ella no era tal sino miedo, y dudó entre quedarse sentado o ir en su auxilio. La razón decidió por él. Con grandes pasos salió al exterior y preguntó con voz fría:

–¿Va todo bien? –ella tenía los ojos bajos.

–Sí, voy enseguida...

Andrea regresó a la cafetería y esperó. Cinco minutos después lo hizo ella con ojos brillantes, como si estuviera a punto de llorar.

–¿Se encuentra bien?

Ella se puso a la defensiva.

–Por supuesto, pero no hablábamos de mí sino de usted –la mujer tomó aire–. Con esta nueva evidencia, lograremos que su ex retire la denuncia.

–Sería mejor ir a juicio –dijo él.

–Yo no lo tengo tan claro.

–Las pruebas caen por su propio peso –argumentó Andrea.

–Si no vamos a juicio el coste de mis honorarios será mucho menor.

–Le agradezco la aclaración –respondió en voz baja–. Pero no deseo ninguna sombra sobre mi cabeza –la abogada no comprendió sus palabras–. No me serviría de nada que retire la denuncia si días después la pone de nuevo.

–No creo que lo haga –le informó–. Existen demasiadas pruebas que desmontan su falsa denuncia.

–¿Y ya está? –preguntó él–. ¿Qué sucede con mi reputación? Aunque ella retire la denuncia no se habrá demostrado que soy inocente.

–Es mejor no ir a juicio –le aconsejó la abogada.

–No tengo nada que perder –contestó al fin–. Y sí mucho que ganar.

–En el juicio, aunque se demuestre que su ex mintió en la agresión, puede mostrarle al juez indicios de maltrato psicológico por su parte. Y tenemos en contra la bofetada que admitió que le dio en su primera declaración y su condición sexual.

–¿Mi condición sexual? –Andrea estaba boquiabierto.

–Esto es Italia –le recordó ella–. Su ex puede alegar maltrato psicológico.

–Le di una bofetadas, y mi condición sexual no le importa a nadie.

Estaba comenzando a enfadarse.

–Es suficiente para perder un juicio.

–¿Aunque ella admitiera que mintió y que me denunció en falso?

La abogada mantuvo un silencio muy significativo.

–Los jueces suelen tener la piel muy fina cuando se trata de tendencias sexuales.

–Yo no tengo ninguna tendencia sexual –estaba comenzando a cabrearse.

–La línea erótica homosexual –le recordó ella–. Las despedidas de

solteros para homosexuales.

–Estoy jodido, ¿verdad?

–Lo lamento –se excusó ella.

–Le estaba haciendo el amor cuando me pidió que la atara. Que la insultara y la abofeteara –Andrea no le había explicado a nadie los motivos que lo llevaron a darle una bofetada–. Quise mostrarle que no había diferencia en el maltrato si la abofeteaba mientras me la follaba o cuando simplemente hablamos. Nunca quise hacerle daño. ¿La quería de verdad?

–El caso es que hay un indicio de maltrato reconocido por usted.

Era cierto, pensó Andrea, y esa sola bofetada que había propinado a una mujer en su vida, podía costarle muy caro. ¿Le había costado muy caro!

–¿Qué haya estado en el puto paro no importa? ¿Qué no tuviera con qué pagar el alquiler de mi casa, no importa? Solo importa mi condición sexual.

–Es la ley –la respuesta de ella lo dejó pensativo.

–A la mierda la ley. Soy inocente. Jamás le he ocasionado a Rosseta maltrato psicológico o físico salvo una bofetada.

–Los hechos son lo que hay.

–Es una puta mierda.

–Acepta la retirada de denuncia, es lo mejor.

–¿Por mi condición de homosexual reprimido?

–No lo he dicho yo.

Y Andrea la miró con atención, y la vio entonces como era. Había sido un completo estúpido. Se había sentido toda la vida hostigado para ser el hijo apropiado, el amigo apropiado, el vecino apropiado. Toda una vida de buen hacer no valían nada ante la denuncia de una loca descerebrada.

–Debería buscar ayuda –le aconsejó él.

La abogada parpadeó confusa.

–¿Perdón?

–Es indudable que ese hombre la controla –ella lo miró sorprendida por su respuesta–. Aunque le haya quitado el volumen al móvil, puedo ver la luz de llamada desde aquí.

–No es de su incumbencia –le dijo ella mientras guardaba los papeles en su cartera.

–He visto cómo la mira, cómo la trata –calló un instante–. El perfecto macho alfa que tanto les gusta.

–No sabe lo que dice.

Andrea vio que no se había tomado el café.

–Hay muchas formas de maltratar a una mujer –le espetó serio–, además de los golpes físicos.

–Le mantendré informado si llegamos a un acuerdo con su ex.

Andrea aceptó la negativa de ella a seguir con el tema de conversación.

–Está bien. Espero su llamada.

La vio marcharse más nerviosa todavía, y se dijo que hablaría con su tío y con el grupo de hombres psicológicos que lo habían acorralado en casa de Pietro tiempo atrás. Ellos podrían ayudarla.

Era sábado por la tarde y Julio se marchaba al día siguiente. Había finalizado su semana de vacaciones, y él había pasado los siete días más extraordinarios de su vida. Era un hombre lleno de vida que le había mostrado un lado de su personalidad que ignoraba que existiera. Había invitado a la peña a reunirse con ellos en la playa, pero ninguno de los tres había aceptado. Daniele tenía una reserva completa de holandeses en el establecimiento. Leonardo había quedado con unos familiares al norte de la isla, y Matteo tenía que recuperarse de una enorme resaca. El viernes noche se había pasado tres pueblos bebiendo con dos franceses.

Paseando por la arena con esa joven tan atractivo, se sintió de pronto feliz. Relajado y tranquilo. Con él no sentía ganas de hacerse el interesante. Ni de pretender ser quién no era.

–Me gusta el Andrea de ahora.

Terminó por reírse. Había imitado a un ficticio para ganarse unos cuartos. Había intentado refinarse para llamar la atención de una abogada que tenía el mismo gusto por los hombres ficticios que él había llegado a detestar.

–Joder, qué bien me lo he pasado contigo –admitió con humor.

–Y sin sexo –le recordó el otro.

El brillo en los ojos de Andrea resultó de lo más extraño.

–Y sin sexo –aceptó.

–¿Vendrás a visitarme a Génova?

Andrea lo miró con horror.

–¡Ni loco!

–Me alegro de que todo te vaya tan bien.

–Eres un buen amigo –lo tomó de la mano con ternura en un gesto natural.

Siguieron paseando hasta llegar a un chiringuito que ya tenía la música lo suficientemente alta como para no escucharse entre ellos.

–Te invito a una cerveza helada –le dijo Julio.

–¿Seguro que no prefieres una copa de vino blanco? –lo tentó él.

El gesto de desagrado le arrancó una sonrisa.

Los dos se apoyaron en la barra. Unas turistas inglesas bailaron en torno a él. Andrea les hizo un gesto negativo con la cabeza. No se percató de la mirada intensa que le dirigía Julio.

–Baila con ellas –le pidió de pronto–. Me gustaría verte en tu hábitat natural.

–¿Cómo si fuese un mono en la jungla? –preguntó con humor.

–En tu jungla particular...

Una de las mujeres inglesas tiró de su mano y lo sacó a una pista de baile imaginaria. Algunas chavalas se habían unido a ellos. Andrea se movía con encanto y naturalidad. No era una música para oídos finos. Era una rumba normal y corriente de las que se escuchaban por doquier en cualquier chiringuito de playa. A Andrea se le cayó el sombrero que una turista recogió y se colocó sobre la cabeza. Él, sonreía de forma sincera. Julio no podía quitarle los ojos de encima. Carlo Boni había hecho un trabajo extraordinario porque dentro de una roca oscura había logrado encontrar el diamante brillante. Él lo había visto aquella noche en su despedida cuando Andrea rechazó beber más de la cuenta. Cuando no quiso aprovecharse a pesar de que lo incitaban con gestos obscenos y caricias indeseadas. Lo vio incómodo. Fuera de lugar, y se sintió muy intrigado por ese hombre que vivía una mentira para ganarse unos euros. Andrea extendió su brazo con una invitación que Julio aceptó. Se acercó hacia él con movimientos sensuales que aplaudieron algunos compañeros de las turistas inglesas que seguían bailando en torno a él. Alcanzó la mano de Andrea y giró sobre sí mismo al ritmo de la música. Ambos se habían descalzado, y parecía que en el chiringuito no había nadie más que ellos.

Para todos quedó claro la atracción que existía entre ellos.

–Bailas muy bien –le dijo mientras una inglesa se le insinuaba.

–Todos te seguimos –le dijo él que se unió a las mujeres en el baile.

Cuando cambiaron la rumba por bachata, Andrea se rindió.

–Te voy a extrañar mucho –le confesó él.

los dos se terminaron la cerveza fría al mismo tiempo.

–No más que yo.

–Espero que vengas a verme.

–Lo haré en mi próxima semana de vacaciones.

Andrea pagó las cervezas y continuaron paseando por la arena. Los dos llevaban el calzado en la mano.

–Si me lo permites, mañana te llevaré al aeropuerto –se ofreció.

Julio sonrió de oreja a oreja.

–Nada me haría más feliz que llegar al aeropuerto en una Fiat.

Andrea rió.

–Ya sabes que el mercedes de tu padre no puede competir con mi Fiat amarillo.

Sin ser consciente, Andrea le pasó el brazo por los hombros y siguieron paseando por la orilla de la playa entre risas y bromas. Parecían una perfecta pareja.

\*\*\*

Julio se había ido y era como si el sol se hubiera ocultado. Andrea estaba melancólico aunque no indagaba en la razón. Seguía visitando a Pietro con asiduidad al mismo tiempo que investigaba sobre el hombre que controlaba a su sobrina. Pietro le había podido decir muy poco porque su sobrina era una mujer muy reservada. También siguió viendo a Carlo aunque ya no recibía más instrucciones sobre cómo ser un auténtico dandi. El negocio iba viento en popa. Leonardo había conocido a un turista alemán que pensaba instalarse en la isla por él. Era viernes por la noche y había quedado con la peña en el bar de Daniele, salvo que no pudo llegar a la hora de siempre por la visita inesperada de Carlo a su pequeña casa. La invitó a entrar con la sorpresa reflejada en el rostro.

–Si hubiese sabido que venías, habría comprado champán.

Carlo le sonrió abiertamente.

–Por una vez aceptó un limoncello.

–He quedado con la peña en el centro, ¿te vienes? –lo invitó.

Él lo pensó durante un segundo.

–Está bien –aceptó–. Será interesante conocer a esos amigos tuyos de los que tanto hablas.

–Yo conduzco –le dio él.

–Ni hablar –respondió–. No pienso sentar mi culo en esa abeja amarilla.

Andrea rió aunque sus ojos se entrecerraron porque Carlo le había recordado a Julio con esa comparación sobre su coche.

–Por favor –la corrigió él–. Hay que hablar con propiedad delante de un caballero.

Carlo chasqueó la lengua.

–Te has convertido en un hombre peligroso.

–Siempre he sido un hombre peligroso –lo corrigió.

Ambos emprendieron la marcha hacia el centro. Como siempre, Andrea aparcó el coche frente al establecimiento que parecía cerrado. Cuando Matteo vio a Carlo, ya no dejó de mirarlo ni de seguirlo con los ojos.

–Parpadea que se te van a secar las cuencas –le dijo Andrea mientras aceptaba una cerveza bien fría que le sirvió Daniele.

Hizo las oportunas presentaciones y todos se sentaron alrededor de una mesa.

–Es un placer conoceros –dijo el hombre con gesto elegante.

Matteo inclinó la cabeza tratando de imitarlo.

–Un lugar encantador –continuó.

–Un poco ruidoso –apuntó Daniele colocando frente a él una copa de vino blanco.

–Tenía mucho interés en conocer a los amigos de Andrea.

Leonardo carraspeó porque tenía ganas de soltar un taco y tuvo que contenerse. El hombre, con traje de seda y zapatos que valían una fortuna, lo intimidaba. Pero Andrea logró romper el hielo, y tras unos momentos de silencio, sus amigos se comportaron como mejor sabían, como unos auténticos cabrones.

## 19

Cuando Andrea y Carlo salieron del local de Daniele, él lo miró serio durante unos minutos.

–Quiero mostrarte algo –Andrea lo miró con sorpresa–. Era el motivo por el que me he presentado en tu casa.

–¿Ahora? –preguntó.

–¿Tienes algo mejor que hacer?

–En verdad, no.

–Entonces, acompáñame, no nos llevará mucho tiempo.

Andrea montó en el mercedes con cierta curiosidad. Carlo condujo hacia la parte oeste de la isla.

–Estamos invitados a un cóctel.

Andrea se miró el atuendo preocupado, él, no iba preparado para una reunión con la alta sociedad de Capri.

–No creo apropiado... –no le permitió continuar.

–Estás perfecto. Siempre perfecto.

El hombre conducía con habilidad aunque despacio. Aparcaron en una mansión. Se podía escuchar el gran ambiente dentro de la casa. Cuando Carlo cerró el coche, Andrea se quedó plantado frente a él.

–¿Qué deseas mostrarme? –le preguntó cada vez más intrigado.

–Después te lo diré.

No tocaron a la puerta, no hizo falta. Un mayordomo los acompañó hacia el interior.

–Carlo, ¡qué sorpresa! –gritó una mujer de edad avanzada.

Andrea tuvo tiempo de hacer una barrida por el atestado salón y se percató de la cantidad de gente que había allí. Lo presentó a la anfitriona y a algunos invitados ilustres.

–No creí que vinieras –le dijo la anciana.

–No podía faltar a tu cita, y disculpa que haya traído a un invitado sin avisar.

La música de un piano acompañaba a las conversaciones de los diferentes invitados.

–Tus amigos siempre son bienvenidos.

Andrea se preguntó qué diablos hacía él en ese lugar tan elegante y lleno de gente snob.

–Ven, quiero presentarte a una persona –le dijo Carlo cuando la anfitriona los dejó a solas.

Andrea se vio arrastrado por Carlo hacia un lugar en concreto del salón donde estaban reunidos tres hombres que conversaban entre sí. Le dio tiempo de observar el atuendo de ellos, pero uno solo destacaba entre el resto como una mosca en un plato de crema.

–Hola Rodolfo, permíteme que te presente a un buen amigo.

El mencionado se giró hacia ellos con el rostro tan frío como un témpano de hielo.

–Señor Rossi –Carlo hizo una pausa intencionada–, te presentó al señor Fiordaliso, Rodolfo Fiordaliso.

Andrea le extendió la mano pero el otro la desairó. Le hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza.

–Señor Rossi –un instante después se giró de nuevo hacia los hombres con los que estaban e ignoró a Carlo y a su acompañante.

Carlo se lo llevó de allí.

–¡Joder! –exclamó Andrea–. Debe de tener un palo atravesado en el culo para mantenerse tan tieso.

Carlo no pudo evitar soltar una risa.

–Obsérvalo con discreción y dime qué ves.

Y eso hizo durante los siguientes quince minutos.

Miró los ademanes afectados. El lenguaje casi ininteligible y las maneras de acercarse a la gente para intimidarla con su presencia. Vestía excesivamente elegante y con unos aires de grandeza que tiraban de espaldas. Parecía que estaba observando a un aristócrata del siglo XVII. Una mujer joven se acercó para decirle algo al oído pero el tal Rodolfo ni se inmutó. La miró con ojos entrecerrados y le hizo un gesto negativo tan altanero que, hasta a él, que solamente miraba, le sentó fatal.

–Tiene treinta años y ya es dueño de una empresa de tecnología punta – le informó Carlo–, que le hace ganar mucho dinero.

–¿Heredada?

–Por supuesto –confirmó–. Es muy rico y muy elegante.

–Me recuerda a alguien –dijo Andrea en un susurro.

La mirada de Carlo resultó enigmática.

–Presumo que un sector amplio del género femenino que leen un tipo determinado de literatura, dirían que es el perfecto macho alfa, ¿no te parece?

Andrea lo miró asombrado.

–Yo diría que sí.

–Tú te interpusiste entre ese hombre y mi hijo Julio.

Dio un paso hacia atrás más sorprendido todavía.

–No, no comprendo –dijo él con voz fallida.

Carlo sonrió más abiertamente.

–Mi hijo supo ver la diferencia a tiempo gracias a ti.

Andrea estaba mudo, pero giró el rostro de nuevo hacia Rodolfo. Carlo siguió informándole.

–Es controlador. Manipulador. De gustos sexuales un tanto peculiares, y con una infancia retorcida que necesitó de muchos sicólogos para poder enderezarla –Andrea comenzaba a comprender–. Ese lado oscuro que muestra a según qué personas, lo hace parecer muy interesante.

–¡Joder! Es clavado...

–Tiene a sus espaldas un homicidio del que salió impune porque tiene el suficiente dinero para pagarse el mejor abogado del mundo. Un estadounidense, por cierto –Andrea estaba sin habla y sin capacidad de reacción–. Se le fue la mano en uno de sus juegos sexuales. Ocurrió en Nueva York hace cuatro años.

–Igual el personaje de ficción en el que estamos pensando está inspirado en él –se atrevió a decir Andrea que seguía mirando al individuo cada vez con más desagrado.

–Desgraciadamente, hay muchos como él, y no solo en el género literario he de admitir –afirmó Carlo–. Duros, narcisistas, y ególatras que tienen demasiado dinero para comprender el verdadero valor de las personas, o de las posesiones.

–Me alegro por Julio –admitió sincero–. Me alegro de verdad.

–Me sorprendió que trataras de imitar... *eso* –dijo Carlo con desprecio–. Tú eres el auténtico macho alfa –le soltó de pronto–. Un hombre sencillo, sin complicaciones y con la única aspiración de que una buena persona lo quiera y forme una familia con él.

–Me adulas, Carlo.

–Mi hijo te quiere, y lo sabes –le espetó a bocajarro.

Andrea bajó los ojos avergonzado. Y al fin admitió para sí mismo que estaba enamorado de Julio. Se pasaba día y noche pensando en ir a Génova a buscarlo para declararle su amor...

–Es demasiado bueno para mí, no merezco a Julio. Un hombre como yo no puede tener a un hombre como él.

Al fin había confesado lo que de verdad pensaba y sentía. Había tratado toda su vida de engañarse, pero estaba enamorado de Julio. No hacía nada más que pensar en él, soñaba con él...

–Que lo hayas dejado marchar no puedo comprenderlo. Por eso quería mostrarte *eso* –dijo señalando con la cabeza a Rodolfo.

–¿Cuál es el fin que persigues al mostrármelo?

–Un hijo tan especial como el mío se merece un hombre tan especial como tú –Andrea soltó el aire de golpe, como si le hubieran dado un puñetazo.

–Es inteligente. Es guapo, es demasiado... –reconoció con humildad.

–No quiero un narcisista controlador para mi hijo. No quiero un pusilánime como Rodolfo.

–¿Pusi qué? Suena bastante feo.

–Menos que tus dos palabrotas anteriores.

Andrea rió.

–¿Nos vamos? –le preguntó él.

–¿A Génova? –inquirió Carlo.

Andrea soltó el aire poco a poco.

–A Génova... –admitió–. Acabo de darme cuenta de lo afortunado que soy y de lo estúpido que me he mostrado.

–Creo que al fin aceptas tu verdadera condición sexual.

Sí, le gustaban los tíos desde los quince años, pero se lo había negado por activa y por pasiva. Se acabó. Amaba a un hombre muy especial y se había jurado ser feliz con él. Se lo merecía.

–Amo a Julio –admitió simple–. Quiero hacerlo feliz.

No se despidieron de nadie, se marcharon de la misma forma que habían llegado, por sorpresa.